



**Villava
en los años veinte**

**Atarrabia
hogeiko hamarkadan**

Antonio Izal Montero

Villava
en los años veinte



Atarrabia
hogeiko hamarkadan

Antonio Izal Montero

VILLAVA - ATARRABIA
2004

COLECCIÓN DE TEMAS VILLAVESES
ATARRABIARI BURUZKO GAIEN BILDUNA

4

Título: Villava en los años veinte

Autor: Antonio Izal Montero

Edición: Ayuntamiento de Villava (Servicio de Cultura)

Director de la Colección: José Vicente Urabayen

Selección de ilustraciones

y coordinación editorial: Luis María Echeverría Viscarret

Fotografías: Archivo Servicio de Cultura,
Ecay, Oskoz y particulares

Fotocomposición: NovaText

Impresión: Idazluma, S.A.

© 2004 Ayuntamiento de Villava

Depósito Legal: NA-1.206-2004

EDITA / ARGITARATZEN DU:



AYUNTAMIENTO DE VILLAVA
ATARRABIAKO UDALA

SERVICIO DE CULTURA
KULTURA ZERBITZUA

“De toda la memoria
sólo queda el don preclaro de evocar los sueños”

Antonio Machado

Antes de que se apague la memoria

*A nuestra hija, María de los Reyes,
pues con ella
llegó la bendición de Dios
a nuestra casa.*

*Y a mis nietos,
mi esperanza de futuro.*

Índice

Aurkezpena	12
Presentación	13
Prólogo	15
I. AYUNTAMIENTO Y SERVICIOS MUNICIPALES	17
Situación	17
Agua y luz eléctrica	23
Bomberos	24
Sanidad	25
II. EL <i>MODUS VIVENDI</i> Y EL <i>MODUS OPERANDI</i>	29
La industria	29
El comercio	33
La agricultura	35
III. RELIGIOSOS	43
Cultos	47
Dedicaciones mensuales	48
La Cuaresma	51
Semana Santa	53

San Miguel Arcángel	59
Procesiones	62
El Viático	63
Vocaciones religiosas	67
IV. LAS NAVIDADES DE ENTONCES	71
Nochebuena y Navidad	72
Nochevieja y Año nuevo	78
Reyes Magos	79
V. LA POLÍTICA Y LOS SINDICATOS	81
Política	81
Sindicatos	86
VI. EDUCACIÓN	89
Escuela de peritos agrícolas	89
Colegio PP. Dominicos	90
Colegio MM. Dominicas	91
Escuela de chicas	91
Escuela de chicos	95
Escuela del hogar	95
VII. ACTIVIDADES DEPORTIVAS	105
Fútbol	105
Pelota	107
Ciclismo	109
Montaña	109
VIII. LAS FIESTAS PATRONALES	111
Víspera sin cohete	111
Domingo	113

Lunes	115
Martes	116
Miércoles	119
Domingo siguiente	119
IX. EL VERANO, EL INVIERNO Y VARIOS	
DIVERTIMENTOS	121
La plaza Consistorial	121
El estío	126
El invierno	130
X. BATIBURRILLO VILLAVÉS	
Comunicaciones	133
Comunicaciones postales	134
Monedas de curso legal	134
Noviazgos	135
Matrimonio	138
Médico y Farmacia	139
Quintos	140
Carnaval	141
Día de todos los santos	143
Normas sancionadoras	145
Al cierre	147
Epílogo	149

Aurkezpena

“Atarrabia hogeiko hamarkadan” izeneko liburukia aurkezten dizuegu, Antonio Izal Monterorena. “Atarrabiako gaien Bildumaren” laugarren zenbaki honetan Atarrabiako seme baten oroimen bizi-bizia eskuratzen dugu, oroimen hauxe baita Atarrabia garai hartan zenaren isla.

“Hogeiko hamarkada zoriontsua” izeneko, aldaketen, ilusioen, kontraesanen eta desengainuen garaia izan zen.

Espainia eraberritzeko nahiak aurrez aurre zeuden gobernu-sistema oligarkiko eta kazikeen txandakakoaren ustelkeriarekin. Liskar hauen ondorioz, Miguel Primo de Riveraren estatu-kolpea etorri zen, betiere, jendearen gehiengoaren eta errege Alfonso XIII.aren baietzarekin.

Espainiar gizartea, Nafarroakoa neurria urriagoan artean, erabateko eraldaketan murgildurik zegoen. Gizarte honen baitan langileria hazten zihoan eta burgesia erreformistak aldaketa sakonak eskatzen zituen arlo politiko, ekonomiko eta sozialean. 1931ko apirilean Espainiako II. Errepublika aldarrikatu zuten.

Antonio Izalek, oroimen ariketa sekulakoaren ondoren, irrika handiz bizi izan zituen garai haiei buruzko bere oroime-nak eta begirada eskaintzen digu. Gure eskerrik zintzoena egin-dako ahaleginagatik.

José Luis Úriz Iglesias
Kulturako Zinegotzi Delegatua

Presentación

Os presentamos “Villava en los años veinte” de Antonio Izal Montero, el cuarto número de la “Colección de temas Villaveses”, dedicado en esta ocasión a recuperar la memoria viva que de los años veinte mantiene un villavés que aún hoy es fiel reflejo de lo que en aquella época era Villava.

Fueron los “felices años veinte”, años de cambios, ilusiones, contradicciones y decepciones.

Los deseos de regenerar España frente a la corrupción del sistema turnista oligárquico y caciquil llevó al general Miguel Primo de Rivera a dar un golpe de Estado con la aquiescencia de buena parte de la opinión pública y del rey Alfonso XIII.

La sociedad española, la navarra aún en menor medida, se encontraba en plena transformación, con una creciente clase obrera y una burguesía reformista que demandaba cambios profundos en el orden político, económico y social. En abril de 1931 es proclamada la II República Española.

Antonio Izal, realizando un ejercicio prodigioso de memoria, nos ofrece sus recuerdos e impresiones de aquellos años vividos con pasión. Nuestro más sincero agradecimiento al esfuerzo realizado.

José Luis Úriz Iglesias
Concejal Delegado de Cultura

Prólogo

La “Colección de temas Villaveses”, se enriquece con una obra nueva en la que su autor cuenta cosas “viejas” en diversos tonos: humorísticos, entrañables y sobre todo muy realistas para el conocimiento de la gran mayoría de los villaveses actuales y otros que vendrán.

Es de agradecer la lucha de Antonio con su memoria, el corazón ya estaba ganado, para recordar primero y contarlo después con ese lenguaje llano y coloquial, de principio a fin, la realidad del Villava de entonces y la identidad de sus moradores, continuistas, más bien, en las líneas trazadas por sus antecesores en lo político, económico, religioso, social y cultural; considerado, a su vez, como una forma de “vivir la vida”.

Quizá no haya grandes diferencias en relación a otros pueblos, pero... leyendo a Antonio se afianza mi teoría, sin querer caer en el chauvinismo, que lo que se “cuece” en Villava queda impregnado de una esencia singular ¿por el carisma de sus gentes?

Desde el capítulo I al X, el autor va desgranando, con gracejo o seriedad, según el asunto tratado, las aficiones,

costumbres, dotaciones del pueblo, festividades religiosas, industria y comercio, deporte, política, etc. De entre todos los temas, confieso que me han llamado especialmente la atención los que tratan sobre religión y el referente a educación. Son capítulos dignos de profundizar y comparar después con la realidad de hoy en día.

Este villavés forjado en mil y una situaciones durante su profesión militar y en su vida civil, ha sabido mantenerse siempre fiel a sus ideales religiosos y políticos cultivados desde los años de infancia y juventud. Así lo ha demostrado públicamente en sus aportaciones a la prensa; y así queda resumido en este verso que, hurgando entre su cosecha de escritos nos dice:

*La cosa es hacer camino,
cuesta arriba o cuesta abajo,
por el largo o el atajo
ir caminando hacia el Reino.*

Carmen, Antonio, felicidades en este regreso al pasado remoto desde la tranquilidad de vuestra jubilación, reviviendo en un nuevo escenario épocas anteriores en armonioso contrapunto desde vuestro descanso, ha tiempo disfrutando.

LUIS MARÍA ECHEVERRÍA VISCARRET

I

Ayuntamiento y servicios municipales

Situación

En el año 1920 Villava contaba aproximadamente con 1.500 vecinos. Era una villa agrícola e industrial. La industria la constituían, fundamentalmente, La Papelera Española y Onena. La agricultura tres o cuatro propietarios, lo demás eran minifundios de poca monta.

El caserío se situaba, principalmente, en la calle Mayor, desde La Cadena hasta la Trinidad; unas ocho casas en la calle Fermín Tirapu (el Barrio Nuevo); las cuatro o cinco de La Cadena, incluida la casa de Esparza; los chalés, una media docena; las cuatro de la calle Padre Murillo y la casa del Curtidor a orillas del puente y río Ulzama.

El Ayuntamiento estaba compuesto por nueve ediles: alcalde y ocho concejales. No se celebraban elecciones municipales y se componía y renovaba por el artículo 29, creo recordar, que no sé qué artículo es ése. A partir de la Dictadura (1923 a 1930) el gobernador civil de Navarra nombraba al alcalde y éste nombraba a los concejales. No tengo

constancia de que hubiera oposición vecinal al sistema. Ésa era la costumbre y aquí sí que se puede decir que “las costumbres hacen leyes” (Derecho consuetudinario).

El Ayuntamiento sólo disponía de dos agentes o guardias municipales: uno para el día (le llamábamos el ministro) y otro para la noche (el sereno); éste cantaba las horas y el estado del tiempo para los agricultores y para los que no tuvieran reloj, que eran la mayoría de los villaveses.

En esta casa consistorial tenían vivienda el secretario, el maestro, el alguacil (ministro) y el electricista. En la parte baja se hallaba la “perrera” o cárcel que servía de depósito de uno o dos días para los detenidos, hasta que en el tren-correo de “El Irati” se los llevaba la guardia civil a Pamplona. Mientras tanto, los críos los zaherían con insultos y les tiraban tierra y chinitas de la plaza a través de la red metálica que protegía la ventana; agresiones que eran respondidas por los presos con imprecaciones de grueso calibre.

Las misiones del agente municipal de día eran múltiples: en algunas ocasiones escoltaba al alcalde, acompañaba a la corporación municipal cuando ésta acudía a actos públicos y religiosos, se ocupaba del orden público, ejercía de alguacil para notificaciones oficiales, hacía de carcelero, oficiaba como pregonero, para lo que recorría la villa proclamando bandos en los lugares habituales, acompañado por una sencilla corneta de lengüeta. Si era bando de la alcaldía, daba dos toques:

Tuu... tuuu...

De orden del señor alcalde..., se hace saber...

Seguidamente comunicaba el edicto, cantando.

Las vecinas, al oír el sonido de la corneta, se asomaban a las ventanas y balcones con la natural curiosidad.

—Oye Simona: ¿qué ha dicho?

—No sé, no le he entendido nada.

Otra vecina:

—Ha dicho no-sé-qué de las vacas.

Y otra más:

—¡Que no os enteráis!... Ha dicho que va a haber vacuación general...

Y el ministro seguía con la chufla a otra parte para repetir lo mismo y las vecinas, ídem de ídem.

Cuando se trataba de alguna venta ambulante en la Plaza Consistorial y le pagaban el bando, daba una serie de toques:

Tú, tú, tuu...

—Aviso al público: en la Plaza Consistorial... se vende...

Y como el bando se hacía con el soniquete habitual, apenas si lo entendía alguna vecina espabilada, por intuición.

—Rosa: ¿tú has entendido algo...?

—Creo que venden...

—Que no, que venden...

Y había que ir a la plaza para enterarse.

A este buen hombre, malo para los chavales, le molestaban los chicos, le molestaban sus juegos por las aceras y el juego del balón por el centro de la carretera. Creo que ni le

gustaba verlos por las calles. Entonces no pasaban autos a principios de los veinte y más tarde alguno que otro. Quien sí pasaba era un coche-diligencia de viajeros que hacía el recorrido Pamplona-Lanz y vuelta. Recuerdo que era de color amarillo y que llevaba escrito el nombre de BOLLÓN, que no sé qué quería decir. Los chicos tratábamos de subir al estribo posterior y el cochero conductor, desde el pescante, manejaba tan hábilmente su largo látigo que terminaba en una fina cola, que picaba en el trasero al que alcanzaba sobre el estribo, y el mocé (sustantivo hoy en desuso) que resultaba pescado, saltaba echando chispas.

Bueno, perdón por el inciso. Seguimos donde lo dejamos. El alguacil permitía los juegos en la plaza y en el patio de la fábrica, en los que no había peligro ni molestias para los vecinos.

A pesar de este buen proceder del señor ministro, los chavales no lo tomaban a bien y, debidamente camuflados, le cantaban desde las esquinas sin posibilidad de ser localizados:

*Por no querer trabajar
te has metido alguacil
y a los pobres mocetes
no los dejas vivir.
No los dejas vivir,
no los dejas en paz,
te has metido alguacil
por no querer trabajar.*

Es natural que el alguacil se molestase y tratara de atrapar a alguno de los chavales faltones, pero éstos corrían más que él y desaparecían sin ser vistos.

Este señor ministro no portaba porra ni arma alguna. Tan sólo empuñaba una vara como las de mando y una libreta y un lápiz para anotaciones de sus funciones. Así se deduce que sus poderes de orden público eran más virtuales que efectivos.

Para el orden público teníamos en Villava la guardia civil en el cuartel de Mayor, 48. El comandante del puesto era el cabo Ródenas y entre los guardias a sus órdenes tenía a los tan conocidos Lamberto, Sánchez, Sandúa, Rafael (el aragonés) y alguno más de poca estancia en la villa. Éstos sí que eran poderes efectivos y mantenedores del orden público. No eran malos ¡qué va!, pero se les respetaba y hasta se les temía. Como vulgarmente se dice “no se casaban con nadie” en cuanto al cumplimiento de su deber. Recuerdo verlos de servicio, salir y regresar de sus correrías de varios kilómetros por su dilatada demarcación de vigilancia persiguiendo el delito y ayudando en caso necesario a quienes necesitasen ayuda. Caminaban en pareja, uno a cada lado de la carretera o del camino y, según se decía del lema de la guardia civil: “paso corto, vista larga y no fiarse ni del compañero”.

Estos guardias civiles nombrados eran prácticamente tan villaveses como los demás. Sus esposas, hijos e hijas se hallaban inmersos en el cogollo de nuestra villa para todo y tenían amigos como los demás vecinos. Hijos e hijas, más tarde, se ennoviaron y casaron con chicas y chicos del pueblo. El cabo tenía representación con las autoridades, así en ceremonias

religiosas como civiles. También recuerdo en las fiestas de Villava, ver una pareja de guardias en la plaza, durante el baile, hasta que éste terminaba, en compañía del alguacil y vecinos charlando amigablemente y su sola presencia hacía que la fiesta se desarrollara en la diversión y en la paz. De entonces acá, ¡hay que ver cómo han cambiado los tiempos!

Volviendo a los chicos, tengo que decir que se sentían desprotegidos en la calle. De ahí, quizá, su conducta contestataria. Y es que, a hombres hechos y derechos, con hijos incluso, les molestaban los críos, por ejemplo, jugando por las aceras a bolos, a pelota, a lo que fuera; se los quitaban del “estorbo” incluso largándoles una patada, haciendo caso omiso del Mandato del Maestro:

“Dejad que los niños vengan a mí”.

En casa a los hijos se les educaba como se podía, incluso en el temor: ¡Como yo me entere...! ¡Como a mí me digan...! Pero como estorbaban en casa en la que no había más que incomodidades para ellos, los mandaban a la calle y en ella se desfogaban, molestaban y gamberreaban, ¡toma no! Claro, si en sus casas hubiesen tenido tanto como hoy “sobra” a los niños, si hubiesen tenido radio, televisión, videoconsolas, o bibliotecas a donde ir o donde poder estar con sus amigos, a buen seguro que no se hubiesen apoderado de la calle. Y no digo estas cosas para justificar actitudes infantiles, sino en descargo de la chavalería de los veinte, porque estimo que es la pura verdad.

Bueno, creo que se ha ido un poco “el santo al cielo”. Seguimos con los servicios municipales.

Agua y luz eléctrica

En Zabaldika había en el río Arga una presa de donde se tomaba el agua para beber y para usos domésticos. Se llegaba, atravesando Arleta, y por el Camino de Santiago, hasta un depósito de las aguas al pie del monte Miravalles, por su cara norte, donde se potabilizaba y se distribuía a Villava. Como los filtros no debían ser muy allá, cuando el agua del río bajaba turbia, en las casas era lechosa y sabía mal. En muchas casas tenían un rallo (botijo) que mejoraba el sabor, y en verano se ponía al fresco, al “sereno”, así como la leche, para que estuviesen frescos. ¡Oh, qué lejos, todavía, los frigoríficos!

De la dicha presa se lograba un salto de agua que accionaba la turbina de la que se producía la luz del pueblo, bastante deficiente, por cierto, por lo que en las casas era necesario tener a mano velas y cerillas para cuando tronara y se invocara a santa Bárbara.

Estas instalaciones hidroeléctricas, de nombre “Electra San Andrés”, estaban bajo el cuidado de Pedro Baigorri, padre de nuestro buen acordeonista Rosario.

Para la luz en el pueblo se contaba con un electricista, funcionario municipal, llamado Basilio Noguera, al que se le avisaba en caso de averías. Éste vivía, con su familia, en la casa consistorial, lo que ya se dijo al comienzo de este relato. Era tal el cuidado del gasto de la luz en las casas, que se procuraba no tener sino una bombilla encendida. A este respecto me permito introducir un chiste que viene bien al caso, y para sazonar un poco el relato a fin de evitar el aburrimiento.

Dícese que en un pueblo, que bien podría ser Villava, se estaba muriendo el padre, y su esposa y sus hijos estaban junto a su cama. El hombre, abriendo los ojos, dijo:

—Vicenta, ¿dónde está el José?

Y el hijo le contestó:

—Sí, padre, aquí estoy.

—Y ¿dónde está la Norberta?

—Aquí estoy, padre, con usted.

—Y ¿el Santiago...?

—Estoy aquí, ¿no me ve, padre?

El moribundo fue nombrando, uno por uno, a los ocho hijos y todos le manifestaron su presencia.

En vista de que no faltaba ninguno, se encaró con su mujer y le dijo:

—Pues si estáis todos aquí, ¿qué leches hace la luz de la cocina encendida?

Bomberos

Sí señor. Teníamos un cuerpo de bomberos en la villa. Serían seis o siete, algo así; y al frente de ellos se hallaba un cabo, que era el señor Martín Ibarra. Estos benefactores señores eran de oficio albañil y en los dinteles de las puertas de sus casas, en la calle, había una placa esmaltada en blanco, que decía: BOMBERO, y en la del señor Martín: BOMBERO CABO.

Este majísimo señor, de gran aprecio en el pueblo, en las tardes de verano regaba las calles a manguera tendida, a partir de las bocas de riego. Suponía todo un acontecimien-

to festivo, sobre todo para los mocetes que, a distancia prudencial, proferían:

Agua aquí, señor Martín.

Este señor, que se las sabía todas y era muy “chirene”, bajaba el chorro cerca de él; entonces los chicos se acercaban y ¡zas!, levantaba la manguera y los chirriaba bien chirriados, con lo que se producía regocijo general: se reía el señor Martín, se reían los chavales y la gozaban cuantos y cuantas contemplaban el espectáculo.

Sanidad

Teníamos médico y un buen cuarto de curas. Este médico, a primeros de los 20, me parece que se llamaba don Carmelo Soria. Después de éste, don Ricardo Bel ejerció en Villava muchos años, tantos que tiene nominada una calle de esta villa.

En aquellos tiempos existían algunas enfermedades mortales, algunas de las cuales se han ido erradicando:

Dispepsia (Enterocolitis). Diarreas y vómitos que diezmaba a los infantitos. Poco era lo que se podía hacer. Si no se cortaba, se deshidrataban los enfermicos y morían.

Tuberculosis. Terrible enfermedad que se padecía en casa y se moría en ella. No se hospitalizaba a estos enfermos. Se consideraba altamente contagiosa y por ello los enfermos que la padecían se la pasaban en la más triste soledad. ¡Ay, las sacrificadas madres al cuidado de sus hijos! Siempre en vigilia permanente. A la muerte del enfermo todos sus enseres y ropas se

llevaban al “Rondo” (Errondoa) y se quemaban. Ésta era una enfermedad que se cebaba, principalmente, en la juventud.

Apendicitis. Llamado “cólico miserere”. Sin solución. Al hoyo.

Y otras muy duras de difícil solución: asma, cáncer, problemas de próstata (no se operaba), pulmonías, nefritis y otras muchas que sería prolijo enumerar. En éstas los débiles por naturaleza, se iban y los más fuertes, tiraban para arriba.

Tan sólo había, en Pamplona, un hospital provincial, que se hallaba ubicado en el edificio en que actualmente está el Museo de Navarra. Eran pocas las camas disponibles. Entonces se encontraba en construcción el actual de Irunlarrea.

Para éstas y otras enfermedades, no citadas, graves y leves, se apelaba a la llamada “botica de la abuela”, o sea, a la herboristería y otros remedios caseros que algo aliviaban pero no creo que curaran.

En estas condiciones el único médico de Villava atendía a los enfermos en el consultorio de su casa. Y a los que no podían acudir los visitaba a domicilio, lo que en aquellos tiempos exigía tener buenas piernas para subir a los pisos totalmente carentes de ascensores.

El farmacéutico, don Celedonio Oficialdegui, era el responsable de la sanidad del agua y de los alimentos.

Contábamos también con comadrona, doña Paca, que vivía en el segundo piso del estanco, y ayudaba a buen parir a todas las madres de Villava, que no era manca la tarea, pues todas daban a luz en sus domicilios, con un promedio cercano a los cinco o seis nacidos por matrimonio. Esta señora los llevaba a cristianar y los mantenía en sus brazos cuando a los

neófitos les echaban las aguas bautismales, mientras la madrina o el padrino portaban en su mano el cirio encendido. Después, doña Paca, volvía con el nacido a la casa de éste y, una vez en el domicilio se despachaba una succulenta merienda a base de chocolate, bizcochos y vaso de leche para familiares y acompañantes. A la parturienta se le llevaba la merienda a la cama, pues habría dado a luz la víspera o la antevíspera del bautizo, ya que a los recién nacidos se les bautizaba seguidamente de nacer. Todos despedían a doña Paca, que se iba a su casa tocada con su mantilla de blonda y llevándose unos dulces de frutas confitadas que se compraban exprofeso para ella.

Y a por otro...

También se disponía de veterinario, seguramente contratado, que inspeccionaba el matadero y los animales que en él se sacrificaban. Los que morían de enfermedad se enterraban en “el Rondo”.

Otro servicio municipal era el de enterrar a los muertos. Para ello se disponía de un enterrador, quien guardaba la llave del cementerio. Para conducir los féretros de la iglesia al cementerio se tenía un coche “de muertos”, tirado por un caballo y conducido por José Satrústegui (el Barranqués).

Ah, también había quien cobraba los arbitrios municipales del comer y beber que entraban en la villa; y, supongo, que era el alguacil quien los cobraba. ¡Vaya con este señor! Pues sí que tenía abundantes tareas encomendadas. Cobrar a las tiendas no era problema, pues ellas mismas lo declaraban con los albaranes de entrada; pero cobrar a los particulares ya era otro cantar; para ello había que estar en La Cadena atisbando a los que se apeaban del tranvía “El Irati” y ver qué es lo que traían.



*El Ayuntamiento rodeado de nieve,
algo frecuente en aquellos años.*

II

El *modus vivendi* y el *modus operandi*

La industria

Disponía Villava de dos grandes industrias a comienzos de 1920: La Papelera Española y Onena, su filial.

La Papelera Española. Fabricaba papel de dos calidades: a partir de la madera o de papeles y cartones reciclados. De esta industria queda poco recuerdo en Villava, pues cerró la fabricación hacia el año 22-23, lo que supuso para la villa un severo trauma, pues quedaron sin trabajo al menos 200 personas, y sin subsidio de desempleo, que por aquel entonces no se había conseguido este bien social. Algunos, los más, tuvieron que emigrar para trabajar en fábricas de La Papelera Española sitas en Guipúzcoa, Vizcaya y en Prat de Llobregat (Barcelona). Otros, los menos, no quisieron salir de Villava y se quedaron para trabajar en lo que saliera, entre éstos el padre de quien escribe.

La Papelera mantenía unas potentes instalaciones. Para producir parte de la fuerza eléctrica necesaria para su funcionamiento, contaban con la presa de la Trinidad que daba ori-

gen a un canal elevado que llevaba el agua necesaria para la fabricación del papel y para usos fabriles; y en la entrada de la fábrica saltaba el agua del canal sobre una turbina. El desagüe de las aguas sobrantes se hacía por canalización interior subterránea, saliendo al río por el lugar llamado “rueda del Mauro”.

Para el transporte de los maderos y materiales, así como para la salida del papel fabricado y de los manipulados de Onena, existía a lo largo del camino de la fábrica (el llamado “debajo Tarrabía”) una instalación ferroviaria por la que entraba y salía el tren mercancías “El Irati”. Se descargaban los troncos en lo que hoy ocupan las casas de la fábrica que fue de “Brello” y siguientes. Para introducirlos en La Papelera disponía ésta de una vagoneta que, cuando la dejaban fuera, constituía la gran diversión para grupos de muchachos:

¡Que se han dejado fuera la vagoneta!

¡Halal!, a montarla en racimo y, cuesta abajo, hasta lo que hoy es la fábrica de San Andrés; después a subirla, empujando, y vuelta a bajar, sin frenos ni ningún sistema de seguridad. No sé cómo no ocurrieron desgracias. En el viaje final, allá abajo se quedaba la vagoneta para que al día siguiente los transportistas de los troncos tuvieran que remontarla hasta el tajo como primer trabajo de la jornada. ¡Jo, con los mocés, qué majos! Y alguna que otra maldición.

Esta Papelera tenía dos altas chimeneas que eran como dos monumentos de Villava. En todas las fotografías de la villa sobresalían las dos chimeneas. Hace bien poco, con la demolición de Onena, han dejado la chimenea de sección cuadrada, para mí, la fea, habiendo derribado la altísima,

circular troncocónica, rematada por una boca con ribetes de ladrillos rojos. ¡Una pena!

Onena. Quedó esta fábrica de manipulados de papel, la más importante de España que, al cerrar La Papelera, aprovechó sus locales y fue a más, llegando a trabajar en ella más de 400 personas, principalmente mujeres, una mano de obra barata que, sin embargo solucionaba, en parte, la débil economía de no pocas familias de Villava y pueblos cercanos, incluso de Pamplona. También hombres de fuera y de dentro encontraban el gozo de “el pan de cada día”.

La principal “obra social” de Onena, aparte de la dicha ocupación femenina, consistía en que al llegar a los trece o catorce años, muchos chicos y chicas entraban a trabajar en la fábrica, comenzando de “macas”, con lo que se evitaba la holganza callejera con la gran satisfacción de los padres de no tener a sus hijos mano sobre mano sin saber qué hacer en todo el día. Estos “macas” empezaban cobrando cinco reales diarios (1,25 pesetas) por día trabajado; los domingos y festivos no se pagaban. Las madres se ponían la mar de contentas de ver a su hijo dejar el pantalón corto y ponerse el bombacho azul; además, no se veía más la roña de las rodillas. Más de una madre podían decir, acaso también la mía, “mira, ya tengo para el pan y la leche”. Los salarios eran mezquinos, pero daban para vivir en las estrecheces de aquellos tiempos.

Hijos de Pablo Esparza. Dedicada a la fabricación de anisados y licores, así como al comercio de vinos y aceites. Posiblemente ocuparía a unos 50 trabajadores. También a

mujeres temporeras cuando apuraban los pedidos y había que atenderlos. Hoy sigue esta fábrica, pero ya no es aquéllo.

Carretería de Berché. Dedicada a la fabricación de carros y galeras y a la reparación de estos vehículos. Los carros eran de un tiro (mulo o mula) y las galeras tiradas por varias acémilas, que los trayectos que hacían eran largos, de Villa-va a Pamplona o hasta la frontera incluso. Esta factoría se hallaba ubicada en el polígono configurado por las casas sitas en la calle Fermín Tirapu, del número 1 al 5 inclusive. Entre fabricación y talleres no pasarían de una docena de empleados. Al surgir los automóviles, los camiones y las camionetas, esta industria dejó de trabajar.

Tornería de Juan Pujol. En las instalaciones de Berché se montó una factoría dedicada a la fabricación de carretes de madera para hilaturas. Esto sucedía a finales de los veinte. Aquí sí había una buena plantilla de trabajadores y trabajadoras sobre todo, con lo que la economía de los villaveses se iba consolidando. También a esta factoría le llegó su INRI con la aparición de los plásticos allá por los años cincuenta.

Construcción. Dedicada a la construcción de edificios, restauraciones de obsoletos y otros arreglos. Los titulares de la construcción: Saturnino Olóriz, Luis Echeverría y Ezequiel Egaña que comenzaba en estas tareas con plantilla propia. Luis Echeverría explotaba, además, la cantera de piedra al pie del monte Miravalles, encima de la ollería.

Cerámica. La familia Orrio fabricaba ollas, pucheros y otras piezas de cerámica para lo que contaba con un horno

al final de la calle Mayor, en la trasera de su casa, talud del monte Ezkaba.

Otras pequeñas industrias artesanas. Hacemos memoria de ellas: la serrería de Meca, tres carpinterías, a saber: Sandalio Cilveti, Goñi y Garzarón.

Industrias familiares. Curtidos de pieles Pedro Azparrén (el curtidor); la herrería de Justo Larreta, detrás de casa Sancho; guarnicionería de Saturnino Astiz, en La Cadena; hojalatería-fontanería: Martín Oteiza, y Dionisio Elía “Litrí”; un pequeño molino de piensos en el número 4 de la calle Mayor, propiedad de Esteban Armendáriz; y una fabricación de escobas duras en la trasera de la farmacia, de Santesteban. Y punto. También a finales de los 20, fabricación de hachas por la familia Erviti, venidos de Leiza.

El comercio

De la alimentación pongamos por delante a La Cooperativa, fundada por La Papelera Española y su filial Onena. Era una buena y amplia tienda de ultramarinos, calzado, mercería... Poseía casa propia en el número 67 de la calle Mayor con una gran bajera-almacén y panadería propia. Los trabajadores de tales industrias eran socios por derecho propio. Dependía de una junta directiva con un presidente ejecutivo, pero la gerencia la ejercía Eugenio Huarte que estaba al frente de la tienda ayudado por dos mujeres.

Otros comercios. Esteban Armendáriz en la “casa de la esquina”, Mayor 1. Apolonio Tellón, Mayor 3, carnicería principalmente de cerdo y derivados. Estanco y tienda de varios. La “tienda nueva” de Ilzarbe, cerca de la plaza. Tienda y panadería propia de hermanos Echániz. “Casa del pintor” (que no sé por qué se llamaba así), tienda de cerería y chocolates (fabricación propia), así como venta de café y algo de dulcería, propiedad de Teodoro Donézar (el cerero). Venta de alpargatas y cordelería: Saturnino Iturgaiz y otra de Toribio (el cojo) alpargatero artesano, ambas frente a la iglesia parroquial. Casa de “la sorda”, tienda de chucherías y ricas castañas asadas, de las hermanas Isidora (la sorda) y la Franca. Tienda de María Peñaranda “la serena” (viuda del sereno señor González) de frutas y verduras y los domingos churrería. Carnicería Ilzarbe, en los bajos del Ayuntamiento y tripicallería en los mismos bajos. Carnicería de Paco Olóriz en el número 61 de la calle Mayor con rebaño propio de ovejas con pastor. Tienda de ollería de familia Orrio. Y ya en el barrio “Triana”, una tienda de salazones de Solause, un alemán afincado en Villava.

En el año 1920 creo que había dos pescaderías en la villa: una de Benito Carbonell, frente a la plaza, y la otra en la calle Mayor 55, la anterior a mi casa. En ésta, la pescatera era una buenísima mujer de la familia de Paco Olóriz. Esta señora me solía encargar algún recado y me lo gratificaba con un puñado de angulas que me las servía en una papelina. En aquellos tiempos el precio de las angulas era asequible a los bolsillos de las familias obreras. Otra bagatela era el besugo. Este sabroso pez acantopterigio era manjar de

mesas pobres. Sin ir más lejos, en mi casa nos servía no pocas noches de cena, cuando abundaban. Lo comíamos en salsa verde para poder untar, que éramos siete a la mesa... Curioso, ¿no? En cambio la merluza era cosa de otro cantar, pues sólo la compraban los pobres cuando había algún enfermo en casa. ¡Qué tiempos, qué cambios!

Lecherías. No era artículo de venta en las tiendas. En Villava había tres: Astiz, “el Barranqués” y Viscarret. Los primeros con buena vacada. Indalecio Viscarret, bastante menos. La leche se vendía en la propia lechería o a domicilio.

Por cierto y digno de mención: todos los días, a eso de media mañana, sacaban las vacas a beber al río. Como no había apenas movimiento rodado, el ganado iba tranquilo, con pachorra, diría yo, sabiendo que nadie les molestaba. Un solo hombre o mujer las conducía sin el menor problema, y, una vez bien bebidas, las dejaban solazarse por las riberas del río o por “el Rondo”, según de dónde fueran las vacas. ¡Qué Villava tan deliciosa!

La agricultura

Antes del Villava industrial no sé cómo se podía vivir en la villa teniendo tan poca tierra para cultivar y mal repartida, pues aparte de tres o cuatro familias con recursos y elementos mecánicos y de ganado para trabajarlas, los demás escasamente tenían para una pobre subsistencia. Véase lo que podría dar de sí el área agrícola de la villa, si bien había quienes tenían tierras fuera de ella.

Había labradores que tan sólo tenían una caballería con la que poco podrían hacer; pienso que tendrían que trabajar su campo, o sus campos layando, trabajo duro, para buenos riñones. Les sobraría abundante tiempo para hacer peonadas para otros en donde fuera. Mas, como fuere, estas gentes vivían y transmitieron vida, y nos dejaron un Villava como para sentirnos orgullosos de ellos y de la villa.

Otra forma de subsistencia: en todas las casas de los labradores criaban animales, cutos para la olla del año, conejos y aves de corral, incluso algunas cabras para leche y queso, con lo que cabría decir que se mantenían aceptablemente.

Mi vecino del 55, calle Mayor, padre de familia muy numerosa (como casi todas) era el sacristán de la parroquia, con cuya dedicación ayudaría a paliar la insuficiencia de su exiguo labrantío. Y cuento una anécdota de la que fui testigo:

Un día, este buen sacristán, Estanislao, llamó a su hijo mayor y, sin el menor atisbo de irreverencia, le ordenó:

—Adrián, lleva la yegua a beber, y a hacer hostias.

Los cultivos de los campos eran de cereales principalmente, dejando las tierras descansar con lo que hidrogenaban la tierra: patatas, garbanzos y habas para el condumio familiar y otras especies inferiores para alimentación del ganado.

Algunos agricultores disponían de era propia para la trilla. Los no pudientes trillaban en las llamadas “eras grandes” situadas en el polígono en el que hoy se extiende la calle del Rosario con sus viviendas a ambos lados. También estas eras servían para jugar al fútbol.

Un buen número de agricultores tenía su viña o viñica.

El carasol del monte Ezkaba. En aquellos años, y aún en posteriores, casi toda la vertiente del monte se hallaba plantada de viñas que, incluso, se derramaban por su falda y llanos anexos, llegando hasta donde hoy están las calles Ezkaba y Ricardo Bel. También todo el terreno cultivado de la Escuela de Peritos Agrícolas.

Comenzaba el viñedo en el portillo de Azoz y llegaba hacia el Este hasta asomarse a la Trinidad. Todos, o casi todos los labradores de Villava, que eran por lo menos treinta, tenían su viña o su viñica para casa. En este carasol y sus bajos se producían riquísimas uvas y moscateles para fruta de categoría, y para vino. Cuando la uva pintaba se ponía un guarda y, en el talud existente en la hoy calle Kapanaburua, se clavaba un arbolito al que se llamaba kapana y era como el vigía simbólico que cuidaba las viñas. Más que el guarda era el miedo el que guardaba las viñas, nunca mejor dicho, miedo a que los padres supieran que sus hijos eran unos roba-uvas, lo que suponía un deshonor para la familia.

Cuando el fruto estaba en sazón se vendimiaban las viñas, generalmente después de fiestas, y volvían los carros cargados de comportones de ricos racimos. Toda la villa, por esos días, se llenaba de avispas, moscas y moscardones. La chiquillería, como otro enjambre más, iba tras los carros y suplicaban al conductor: “oiga, deme una uvica...”. Y algunos tenían suerte. Las uvas se pisaban en los lagares a pie descalzo y pierna remangada, en algún lagar a la vista de los vecinos. Después se prensaban y así se hacía el sabroso txakolí.

Al terminar la vendimia se retiraba la kapana, lo que suponía la libertad. Entonces, ¡hala!, a txirdilar, o sea, a buscar los

racimillos “txirdiles” que se quedaban por los sarmientos. Había quienes tenían suerte y encontraban algunas cepas pasadas inadvertidamente sin vendimiar. Era una gozada una tarde soleada de “txirdilada”. Chicos y chicas, y algunos mayores, con capazos y cestas, desparramados por el monte y anexos, sin evidentes signos de competitividad, recogiendo uvas para postre de unos pocos días. Estas costumbres unían mucho a los chicos.

En las viñas de “el Capitán”, en terreno de Pamplona, de paso que se txirdilaba, se rebuscaban almendrucos, ya que había muchos almendros que, al varearlos, saltaban algunos de sus frutos por piedras, vides y zarzas, y se quedaban sin recoger. También había higueras plantadas por las viñas, higos de secano, eran frutos muy apetecibles y a merced de los invasores. Hay pues razón para poder decir que en el monte Ezkaba “todo era orégano”.

Las viñas se extendían también por las laderas del San Cristóbal, desde los polvorines hasta Artica, por lo menos, y por esas laderas se plantaban nuevas viñas. Esto dio lugar a una cuarteta que los buenos bebedores cantaban eufóricos y optimistas en las sobremesas de sus cuchipandas:

*Ahora sí que a los borrachos
nos van a tener envidia.
Todo el monte San Cristóbal
lo van a plantar de viña.*

Había varios lagares en Villava. Que yo recuerde, el de casa Elía (Lucía Elía, la madre de Toribio Induráin y bisabuela de nuestro Miguel, pentacampeón del Tour), calle Mayor 62; el de Elías Olóriz, Mayor 73; el de casa Motza

(Trifón Tirapu), Mayor 51; el de Olaso, casa pared con la Plaza; y, por supuesto, en casa de Esparza, aunque este lagar no era tan popular como los otros.

A propósito de casa Elía: teníamos en Villava un joven sacerdote, don Félix Goicoa, hijo de don Lorenzo. Este sacerdote, organista de la Parroquia, murió en plena juventud. Fue un cura muy villavés; un enamorado de la villa y de sus costumbres y muy amante de los niños del catecismo. Por entonces organizaba una procesión infantil un tanto informal, muy al gusto de los peques, en la que los chicos llevaban en andas al Niño Jesús de Praga y las chicas a la Virgen Niña. Salíamos de la parroquia ya en tropel y, poco a poco, colaborando los seminaristas, se organizaban los rezos y los cantos. Cuantos mayores presenciaban este desfile procesional gozaban y se sonreían por la vitalidad de los niños y su griterío. La procesión avanzaba:

*Si al cielo quieres ir,
a recibir tu palma
a Dios en cuerpo y alma
has de amar y servir.*

Al llegar hacia la casa del cuartel de la guardia civil, don Félix animaba el cotarro y entonces las angelicales criaturas, exaltadas en su devoción, gritaban, bueno, cantaban desaforadamente:

*Si al cielo quieres ir,
vete a casa de Elía
y dile a la Lucía
que saque el txakolí.
Al cielo, al cielo...*

Y así seguía el cortejo celestial hasta casi la Trinidad, y a la vuelta, ídem de lienzo. La señora Lucía contemplaba este guirigay desde la ventana con gesto de satisfacción mientras amenazaba a don Félix con su mano como haciéndole saber que le iba a zurrar o dejarlo sin txakolí.

Al terminar la procesión se repartían caramelos para todos y así todos felices.

Hecho este inciso, seguimos el relato.

Cuando el vino, ya en las bodegas, se apreciaba que estaba hecho y apto para el consumo, se habilitaban los locales de la entrada del bodeguero, se colocaban mesas y bancos corridos, se ponía en el dintel de la puerta de la calle un signo, creo que un lienzo blanco, y se procedía a su venta. De las casas iban con garrafón o botellas a por el rico caldo. Y en la tarde-noche los hombres acudían con su cenica en el pan, en fiambarrera o en cazuelicas, se sentaban a la mesa y a empinar haciendo honor a la sentencia bíblica: “y que el vino alegre el corazón del hombre”.

Qué hermoso ver así los hombres reunidos escanciando aquel vino ligero, chispeante y alegre llamado académicamente “txakolí”. Luego a casa, levantando el “ipurdi” con desgana y algunos, chisporricos, a dormir plácidamente con el espíritu báquico metido en el cuerpo y haciendo propósito de volver al día siguiente.

Esto se hacía, alternativamente, de bodega en bodega; es decir, que cuando se clausuraba una, otra se abría. Hasta que se acababan los excedentes y se reservaba el necesario para el consumo doméstico.

*Oh, vino angelical
criado entre verdes matas,*

*tú me crías, tú me matas,
me metes en zaragatas,
me subes por las paredes,
haces de mí lo que quieres...*

Teresa Úriz Induráin me proporciona datos muy valiosos y libros que tratan del txakolí en Navarra y particularmente en el carasol de Ezkaba. Por ella, además, me entero de la existencia hacia finales del siglo XVI, como propietario de viñas en la ladera de Ezkaba, de un señor de nombre Joseph Francisco Elía, que resulta ser el ascendiente más antiguo conocido de la casa Elía de la que son descendientes la familia Induráin.

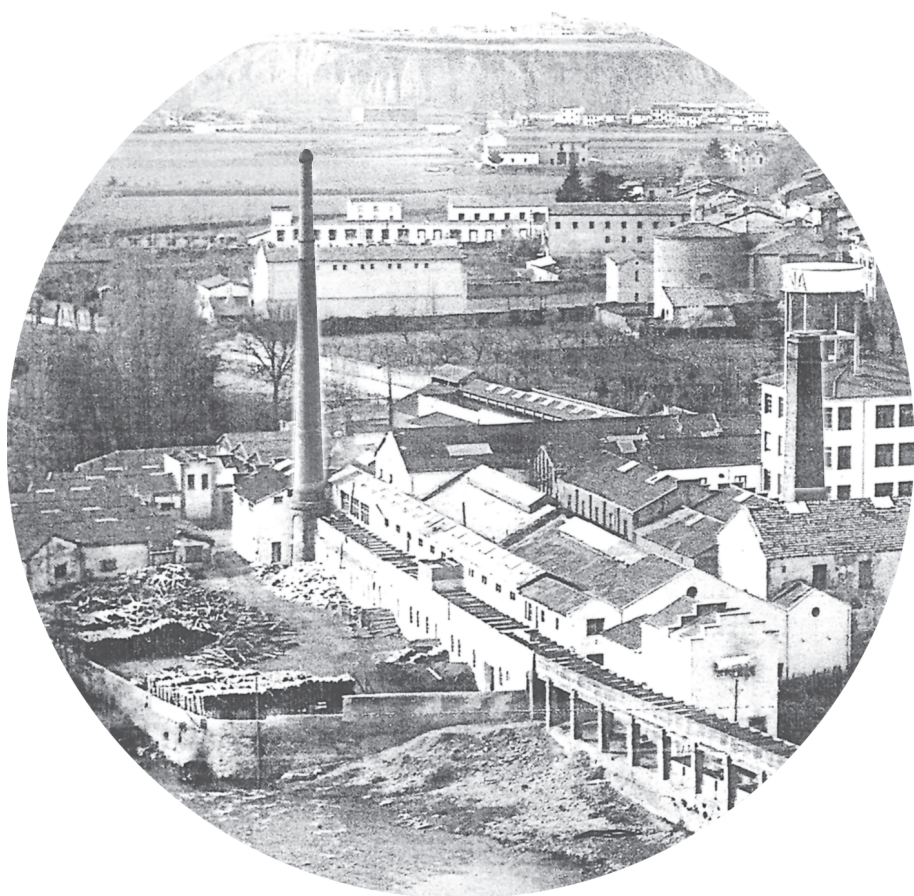
De los textos estudiados resulta que, según J. y M. Larráyoz, las viñas cultivadas en Ezkaba datan de antes de la romanización. Sólo con la llegada de los romanos puede hablarse de elaboración industrial.

En Villava, en la Edad Media, la mayor parte de la actividad agrícola es la viticultura y Pamplona está rodeada de un auténtico cinturón de viñas, divididas en pequeñas parcelas.

La Asociación de Viticultores Navarros. En 1913, en la composición de la junta directiva de esta Asociación, figura como vocal Francisco Oyarzun, de Villava.

En el diccionario de Madoz (1846-1850) se dice que se distingue sobre todos, el vino que se recoge en el término de Ezkaba. (Estos tres últimos párrafos están tomados del libro *Historia del Vino en Navarra*, de Jorge Saulea Parés).

¡Hala pues!, a seguir el ejemplo de los hermanos Úriz Induráin y a plantar nuevamente de viñas el carasol de Ezkaba.



*La Papelera, Onena y las chimeneas:
circular una, cuadrada la otra.*

III

Religiosos

En primer lugar diremos algo sobre los templos de culto en Villava, a saber: templo parroquial ubicado en el mismo lugar que el actual, capilla de las Dominicas en el número 8 de la calle Mayor, el templo-basílica de la Santísima Trinidad y la capilla de las monjas Redentoristas, aunque éste en la raya de Burlada y el de la Trinidad en la de Arre, ambos respondían a las necesidades espirituales de Villava.

El templo parroquial era de buena capacidad para los habitantes de la villa. Se componía de la nave central, la capilla de la Soledad (hoy capilla para los días laborables) y el amplio coro, con un hermoso órgano de tubos y angelotes rubicundos tocando instrumentos musicales. Éste se hallaba en un saliente a la derecha del coro (mirando al altar mayor); sonaba por medio de un fuelle que lo accionaba el señor Murillo, que era manco, abuelo de los hermanos Goñi Murillo de nuestra villa. En el dintel de la puerta por la que se accedía al órgano desde el coro había un decorativo cuadro con la siguiente inscripción:

FUNDÓ ESTE ÓRGANO QUE VES
JUAN MATHEO JAMARGUIN
CON SU MUJER, Y POR FIN
DE DAR CULTO A DIOS Y A ANDRÉS.

Dependencias anexas: la enorme sacristía y la llamada sala de la Adoración Nocturna, así como un pequeño cuarto donde se guardaban las colchonetas para descanso de los adoradores.

Dejando de lado la antigüedad de este templo, sé que en la pared del lado de la epístola, más bien un poco alto, existía un número escrito que decía: 1212. Este año era el de la batalla de las Navas de Tolosa en la que participó, muy destacadamente, nuestro rey navarro Sancho VII “el Fuerte” con sus mesnaderos navarros que, según mis conocimientos elementales de la Historia de España, asaltaron el cerco de cadenas que rodeaba la tienda del Rey Miramamolín con sus 20.000 guerreros negros, trayéndose dichas cadenas a Navarra las que, posteriormente, crearon el escudo de nuestra Navarra. Y yo digo si entre esos bravos mesnaderos no habría un buen número de villaveses para que nuestro escudo de Villava tenga en su mitad las gloriosas cadenas y en la otra mitad la media luna y estrella sarracenas. Me considero lego en la materia y creo que he dejado volar mi fantasía fuera del contexto histórico.

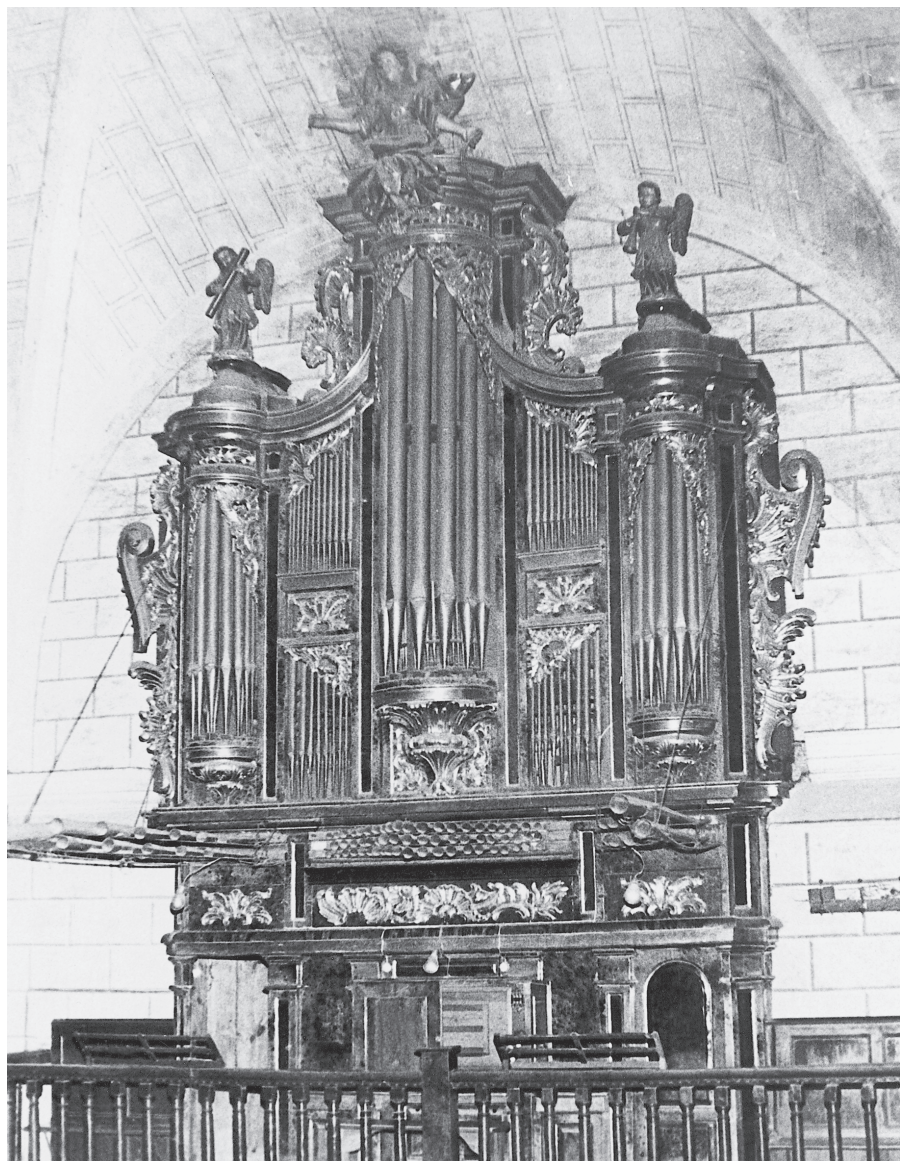
Me viene a la memoria una jotica navarra que creo que viene al caso, cuya letra, más o menos, dice así:

*Si los navarros tenemos
en el escudo cadenas
no es porque sepamos llevarlas
sino porque sabemos romperlas.
¡Riau, riau!*

Seguimos con la descripción de nuestra parroquia. Ésta gozaba de un magnífico retablo, al parecer muy antiguo, en lo que era el altar mayor; dos altares laterales, otros dos fuera del presbiterio, tres en la nave de la Soledad y el altar del “Cristo del Miserere” frente a la puerta de entrada, una talla de Cristo agonizante, muy bella, que era de gran devoción para la feligresía. Esta imagen bendita campea hoy en lo alto del altar mayor, pero ya no se aprecia ni se le tiene devoción. ¡Ay la piqueta demoledora iconoclasta...!

En la década de los veinte el culto y la liturgia sagrada eran muy distintas al culto y liturgia de hoy. Todo el ritual era latino, la misa se celebraba de espaldas al pueblo y los fieles apenas si tenían otra intervención que el amén final a las oraciones. Eran tiempos dependientes del Concilio de Trento (1545-63) y Concilio Vaticano I (1869-70). El actual Concilio Vaticano II de 1962-65 cambió muy acertadamente el ritual y hoy el cristiano (el que quiere) se entera de qué va la cosa. La misa cara a los fieles y los textos litúrgicos en las lenguas nacionales y vernáculos. Y deja la Iglesia una participación muy digna a los laicos que quieran comprometerse con su fe.

La iglesia vieja era de buena piedra y la torre de ladrillo, muy desentonada, con dos campanas grandes que se bandeaban a mano y un campanil para tocar a parvulico. Anexo a la puerta de entrada se hallaba el atrio, construcción de ladrillo, seguramente añadido después de la construcción del templo. Por dentro estaba enlucido, por fuera sin enlucir. Tenía cinco arcos romanos, tres al frente y dos en los laterales. No era bonito, pero sí muy funcional. Estaba empedrado en dibujos geométricos y disponía a ambos lados de la puerta de entrada



*El órgano de la antigua iglesia,
de tubos y angelotes rubicundos...*

de dos bancos corridos que venían pero que muy bien para descansar y tertulia. Para lo que mejor servía era para tertulias de pie al salir de los cultos, mientras se fumaban los ansiados cigarrillos. También para juegos de los niños en caso de lluvia: bolos, kaputxaka, a la una saltaba la mula, a las cuatro esquinas y otros, que entonces los niños éramos incansables en la multitud de juegos que realizábamos, y sin costarnos una perra.

La ubicación de los fieles en el templo era así: delante bancos sin respaldo para niñas a la derecha, y para los niños a la izquierda; tras éstos, bancos con respaldo, mujeres a la derecha, hombres a la izquierda; el amplio coro para los hombres; y bajo el coro, en su mitad izquierda, bancos para mujeres; y en la otra mitad unas capillitas mortuorias llamadas en villavés “fuesas”, que contenían cirios que se encendían en las celebraciones del culto, junto a las cuales se situaban sobre el suelo o en banco bajo, los familiares de los difuntos que se conmemoraban.

Bajo el coro, a la izquierda, se hallaba un pequeño recinto cerrado con verja de hierro donde se encontraba el baptisterio con la pila bautismal.

Cultos

Aparte de la misa en latín de la que hemos hablado, se celebraban diversos cultos.

Funerales. Los había hasta de cuarta clase. Se distinguían por el número de curas, velas, órgano y hasta del “gori-gori” que cantaban, todo según los aranceles establecidos.

Novenas. Se prodigaban bastante. Es que al rosario de la tarde había que acompañarlo de algo para hacerlo más jugoso.

Dedicaciones mensuales

Mes de mayo. El de las Hijas de María. Cultos por la tarde: rosario, lecturas y cantos al órgano. Los domingos función especial. La Asociación de las Hijas de María era muy numerosa, casi todas las mozas de la villa estaban inscritas desde la primera comunión hasta el matrimonio. La dirección y gestiones corrían a cargo principalmente de las solteras, de aquellas que se decía que se quedaban “para vestir santos”. En los cultos de este mes casi se llenaba el templo.

Mes del Corazón de Jesús. De gran devoción. Mucha presencia en los cultos de la tarde. En este mes daban comienzo los nueve primeros viernes de mes (misa, confesión y comunión), devoción bastante extendida, ya que había una declaración expresa del mismo Sagrado Corazón, de que quien los practicara, no moriría sin confesión.

Mes del Rosario. Todos los días, en misa primera, la de las seis de la mañana, rosario durante la misa que, como ésta era en latín, había que sazonarla para mantener la devoción de los fieles. En este mes de octubre en muchas casas se rezaba el rosario en familia; en la mía también en este mes y en todos los del año, cuando no se podía asistir al de la parroquia. Y voy a entretener este relato con algo tan de mi casa.

Yo era siempre el rezandero, o sea el que dirigía el rosario. Me sentaba en un banquillo y ponía otro delante de mí; sobre éste, a un lado, colocaba diez garbanzos y avemaría tras avemaría, los iba pasando al otro lado del banco. En esto, una cría (hermanica), contuleaba:

—Antonio se ha chichau un avemaría.

Yo: —Mentira, que no me he chichau nada.

Otro crío: —Sí te has chichau, que yo te he visto.

Yo: —¡Mecagüen el crío! ¡Te doy una ...”

La abuela dirigiéndose a mí:

—¡Que te calles, “chicholete”!

Yo: —Acostumbrándose a decir sí o no, como Cristo nos enseña, que no me he chichau.

Jaime (mi hermano): —¡“Gibar”!, a ver si seguimos de una vez...

Mi madre: —Nicolás, diles algo.

Mi padre: —¡Algo!

Mi abuela ya tenía empuñada la tenaza de hurgar en la lumbre y miraba a unos y a otros amenazadoramente.

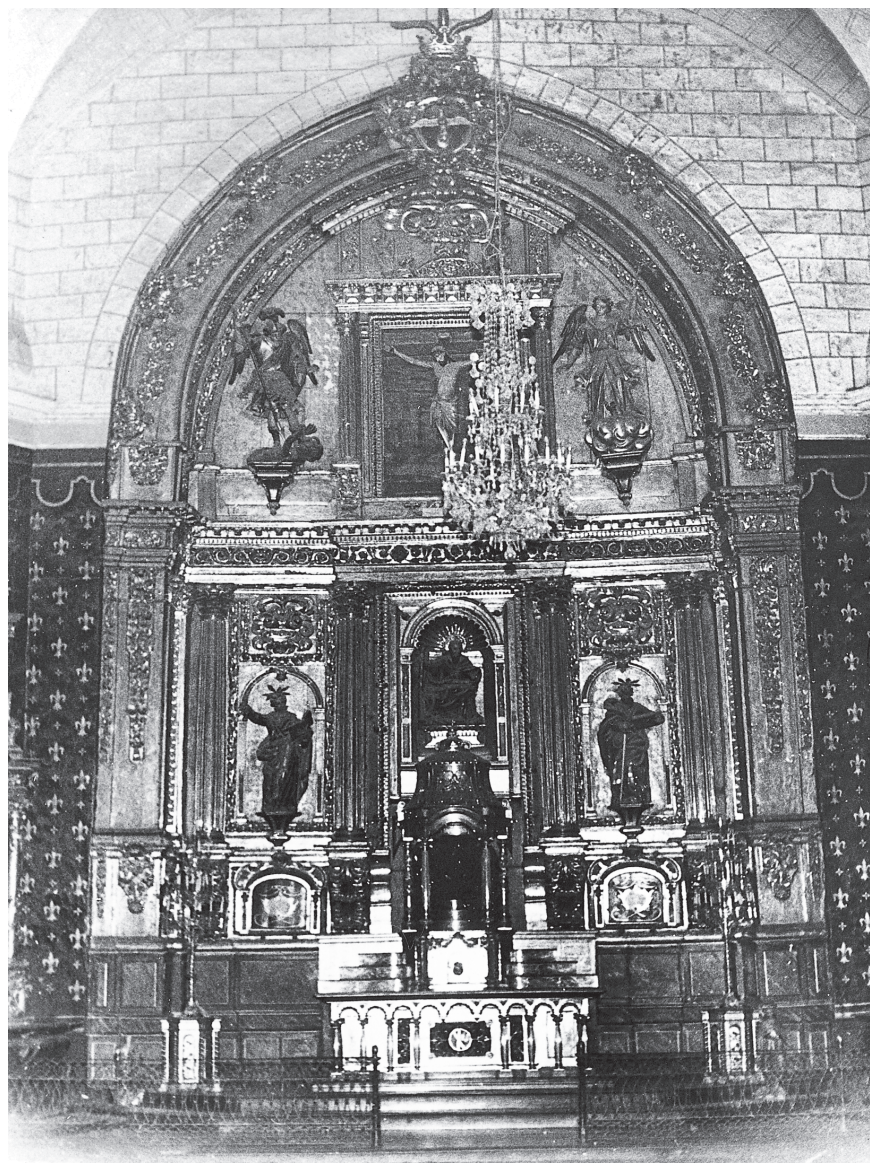
Entretanto yo había juntado todos los garbanzos en medio del banco y, mientras a escondidas amagaba a los pequeños con intención de sacudirles más tarde, proclamaba al final:

—Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.

Todos: —Amén.

Seguidamente mi abuela recogía los garbanzos de cada día, bendecidos de indulgencias, para el cocido del domingo, y éstos a su vez santificaban a los compañeros y sazonaban todo el cocido con tantas “aves...”.

Seguimos con lo que estábamos.



*Retablo del altar mayor
de la parroquia de San Andrés, hasta 1964.*

Mes de Noviembre, de los difuntos. A partir del día dos se celebraba la novena de las almas a templo abarrotado. Era todo muy lúgubre. En el centro del retablo se colocaba un gran cuadro, sobre paños negros, que era el clásico del purgatorio: la Virgen del Carmen salvando a las almas, sacándolas del fuego. Este cuadro se mantenía durante todo el mes. En el centro de la nave central del templo se establecía un túmulo vestido de paños fúnebres, al frente del cual, la cruz parroquial y a los lados seis hachones encendidos, tres a cada lado. Esto sólo durante la novena.

Predicaba la novena el párroco, don Joaquín Aguado, que era bastante tartamudo por su enfermedad y no se le entendía lo que predicaba, pero al final daba lo mismo, todos, amén.

El postrer acto de la novena era el responso de Perossi ante el túmulo. El párroco revestido de capa pluvial, color negro, naturalmente, sacristán con el incensario y monaguillos con los ciriales; en el coro los trémolos del órgano y los cantores: “tremens factus sum ego, et timeo”.

No sé si estaré resultando excesivamente prolijo, es que me he propuesto escribir lo que presencié y lo que recuerdo. Así que, perdón a quien le aburra.

La Cuaresma

Aquello sí que era Cuaresma. Comenzaba el miércoles de ceniza con ayuno, abstinencia y la imposición de la ceniza:

Memento, homo...

Todos los días, excepto domingos y festivos, misa a las seis, con gran asistencia, y rosario canturreado:

*Despertad del sueño, hijos de María,
que amanece el alba anunciando el día.*

Los viernes por la noche, en la Parroquia, función solemne y Miserere cantado con órgano y coro:

Miserere mei, Deus...

Y cada año ejercicios espirituales o misiones (éstas de tarde en tarde). Las misiones las dirigían, generalmente, dos frailes de la orden de los Capuchinos. Suponían una buena terapia para el alma y, francamente, venían muy bien y se agradecían. Cada día predicaban los dos. El segundo lo hacía sobre los novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria. ¡Ya lo creo que hacían pensar y volver a Dios!

Para no ponernos serios voy a contar lo sucedido en un pueblo, no en Villava, que daban misiones. Resulta que, predicando sobre la muerte, el fraile “se pasó”. Y, sacando una pelotica del bolsillo, anunció: “siempre que predico este sermón, muere alguno en el pueblo. Voy a botarla en el centro de la iglesia y a quien le pegue al rebotar, esa persona morirá”. El misionero lanzó la pelota, botó en el centro de la iglesia y vino a darle a él mismo. El fraile, contrariado en extremo, exclamó:

—No vale. De vuelta...

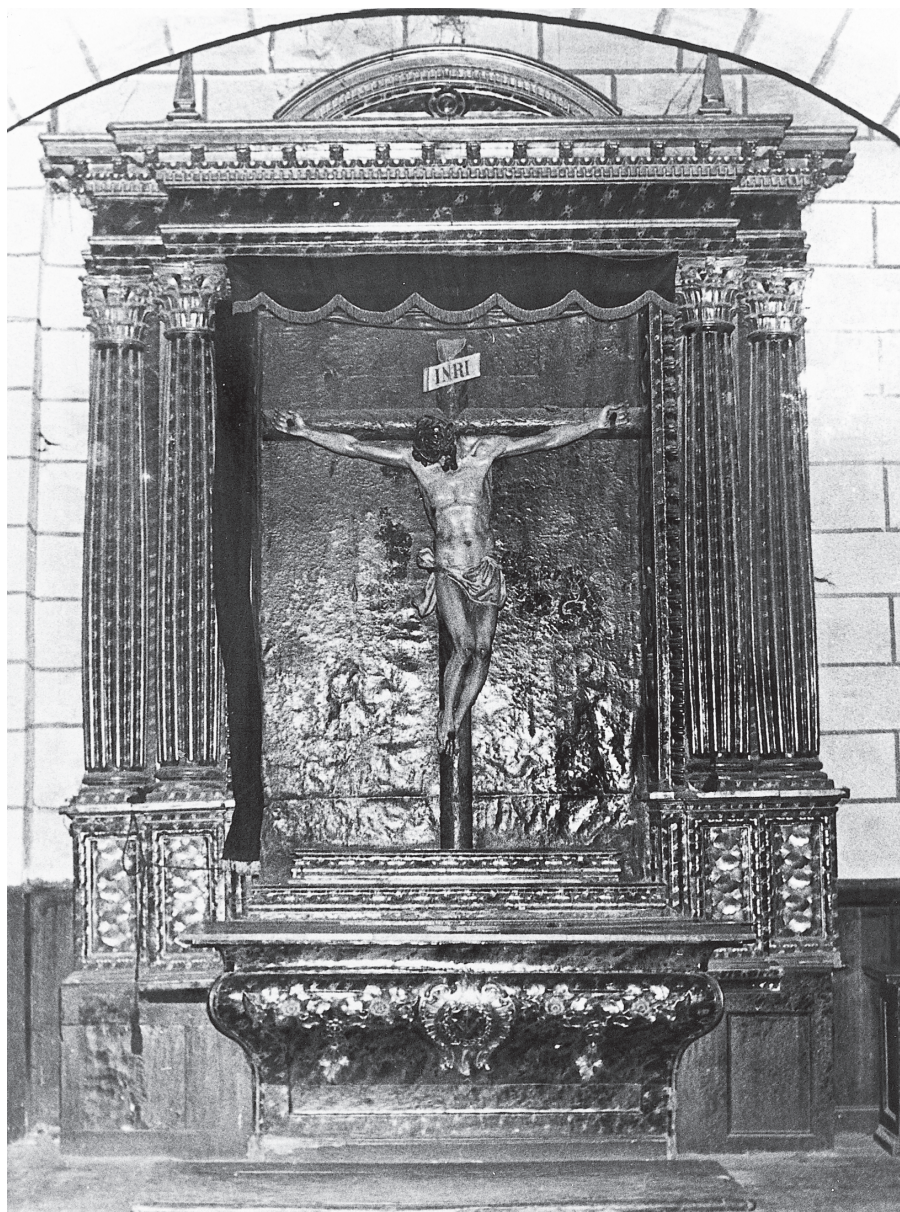
Muchos hacían sacrificios especiales. Así, al llegar la Pascua, alegría general y a celebrarla bien.

Seguimos en serio. Se practicaba abundantemente el sacramento de la confesión o penitencia, muchos semanalmente. Existía mucho amor y respeto a la Eucaristía. La Adoración Nocturna tenía tres turnos de hombres, casi un ciento de adoradores, y las vigiliass eran bastante sacrificadas: de las diez de la noche a casi las seis de la mañana. Después de la primera hora de rezos y exposición del Santísimo, se repartía la noche en turnos de una hora para rezar las horas canónicas, y para finalizar, oraciones de la mañana en común, misa, reserva del Santísimo y a casa cada uno con la manta y la almohada que le habían servido para descansar en las colchonetas que se habían puesto al efecto en la sala de la Adoración Nocturna. A los dieciséis años se podía ingresar y eran muchísimos los jóvenes que se hacían adoradores.

En la semana que precedía a la Semana Santa se cubrían de negro de arriba abajo todos los altares, santos y crucifijos. Y se descubrían en la Vigilia Pascual de Sábado Santo, al gloria de la misa.

Semana Santa

Domingo de Ramos. más o menos como hoy, con la diferencia de la ausencia de palmas entonces y abundancia de ramos de laurel y de olivo del carasol de Ezkaba. Lunes, martes y miércoles: por la tarde en el templo, maitines cantados. En el presbiterio se alzaba sobre un mástil un triángulo con doce velas rojas laterales y una blanca en el vértice superior. Las rojas por los doce apóstoles y la blanca por



Santo Cristo del Miserere.

nuestro Señor Jesucristo. A medida que el coro terminaba cada salmo, el sacristán apagaba una vela roja. Todos los críos expectantes ante lo que venía después. Se asomaban de cuando en cuando al templo y comunicaban: ya quedan seis, ya quedan tres, ya queda una. Entonces toda la chavalería irrumpía en la iglesia provista de tabletas, carracas y hasta latas con piedras dentro. Cuando se apagaba la última roja, el sacristán tomaba la vela blanca (figura de Jesucristo) y la llevaba, encendida, a la sacristía, significando la muerte del Señor. Entonces toda la chiquillería y algunos no tan chiquillos, accionaban sus elementos de percusión y prorrumpián en un espantoso ruido que parecía que se venía el templo abajo. El sacristán, entonces, aparecía en la puerta de la sacristía con el cirio blanco encendido (símbolo de Cristo resucitado), con lo que debía cesar el estruendo. Pero, que si quieres... Aquello seguía in crescendo. El clero y la gente mayor trataban de poner orden hasta que lo conseguían y volvían las luces y la calma al recinto sacro. Era la costumbre y no había represalias sino jocosos comentarios por parte de chicos y grandes, sacristán y curas.

Día de Jueves Santo. El Jueves Santo era, en Villava, el día grande de la Semana Santa. Medio día, por la tarde, era festivo a todos los efectos. Los villaveses, tras la comida, se vestían sus mejores galas. Los casados sacaban del arca los trajes de la boda, aunque fueran del año catapún. Tal día lo merecía. Espléndidas mantillas de blonda tocaban las acicaladas cabezas de las damas. Las jóvenes, de estreno, a ser posible, o de arreglos de trajes, atraían las miradas de los mozos, encandilados de tanta hermosura y donosura. A las tres

de la tarde se hallaba el templo parroquial lleno hasta la bandera. ¡Aquel templo de torre de ladrillo y atrio porticado, parlamento de villaveses! Se celebraba el “sermón del mandato”, según el evangelio de Juan. Generalmente la sagrada cátedra, o sea púlpito, lo ocupaba un predicador extraordinario. Un momento antes del sermón se cubrían las ventanas todas con cortinillas corridas y quedaba el templo en penumbra, con la sola luz de los cirios del altar mayor. En esta disposición y tras una comida festiva, lo más lógico era echar una siestica sobre el banco o apoyados en la pared. Algunos, ¡pobres!, se dominaban cuanto podían y hacían flexiones de cabeza abajo, arriba, abajo... Los había que roncaban y despertaban a codazos del vecino. Por fin, cuando terminaba el sermón y se descorrían las cortinas, los fieles salían de su letargo, se erguían y decían al unísono: ¡Así sea! Luego, en el atrio, venían los comentarios: ¡Vaya sermón, eh! Bien, bien ha predicado...

Más tarde los vecinos, y vecinas sobre todo, claro, iban a “hacer estaciones”. Ello consistía en visitar los “monumentos” (sagrarios) donde se reservaba la Eucaristía. El recorrido para muchos era desde la Trinidad hasta las Redentoristas. Había buena convivencia. Como nota curiosa hay que señalar que casi al pie de los monumentos se colocaban grandes alfombras en el suelo, entre algunos cirios; sobre la alfombra un cojín y sobre éste un crucifijo descubierto. Se hacía un ceremonial de tres genuflexiones dobles y a la tercera se adoraba al Santocristo besando su cabeza, las manos y los pies, retirándose caminando de espaldas con dos nuevas genuflexiones. Había algunas mozas que no calculaban

bien la tercera de las reverencias de la ida y se quedaban algo distantes del crucifijo y, al echarse sobre éste para adorarlo tenían que “alargarse” y así dejaban ver “la liga” con su parte de muslamen, situación que distraía (?) a los mozos que observaban la maniobra con pérdida para éstos de algunas indulgencias.

Ya de noche se celebraba la Procesión del Santo Entierro por lo que los de Pamplona y cercanías decían que los villaveses eran peor que los judíos, pues matábamos a Cristo un día antes que éstos. La procesión la encabezaba un grupo a pie que significaba la entrada de Jesús en Jerusalén. Iba el señor Laborra vestido de túnica y turbante, con un estandarte y le seguían unos veinte niños vestidos a la usanza israelita y portando palmas. Eran cuatro los pasos que procesionaban a hombros de mozorros: la oración del huerto, la cruz a cuestras, el Cristo alzado (Cristo del Miserere), esa magnífica talla anónima a la que antes he hecho referencia y que hoy preside el altar mayor de la parroquia; finalmente iba la Dolorosa, una bonita imagen patética, que sabe Dios dónde estará. Entre los pasos, mozorros con pesadas cruces a cuestras y, tras el paso de Cristo crucificado, “las lloronas”, que eran mujeres que hacían el sacrificio de ir descalzas, totalmente enlutadas y de riguroso incógnito..., aunque a los pocos días todo se sabía. Tras la Dolorosa marchaba el coro parroquial, muy menguado entonces, y el señor Delás que resoplaba en un bombardino bajo. Al son de este instrumento, con notas graves, el coro y el pueblo cantaban:

Llorad, pues, ojos míos...

Y, cerrando el cortejo: el clero, de ternos negros y las autoridades.

Los hombres caminaban en dos largas hileras a ambos lados, la mayoría portando “hachas” (blandones de cera) que las alquilaban en la cerería del señor Donézar, sita frente a la plaza.

Algunos gamberros de Pamplona que se desplazaban a Villava, por lo de la procesión, y en plan de pitorreo, solían llevar su merecido. Hacían comentarios irreverentes sobre las imágenes: “a ése le faltan dedos”, “ése está tuerto”, y, sobre todo, al pasar la Dolorosa, decían “que le habían untado la cara con tocino”. Por lo que se solía armar “la de Dios es Cristo”, pues los “hacheros” que oían tales cosas de sus santos, se encendían de santa ira y arreaban algún que otro “hachazo”. Algunos indígenas, que yo me sabía, llevaban palos dentro de sus blusas (prenda práctica que aún se llevaba por aquellas calendas) y, a los irreverentes, palo que te crió... No terminaba aquello como el rosario de la aurora porque las contundentes respuestas al pitorreo, se hacían con el mayor respeto y la mínima trascendencia, la gente apenas si se enteraba y los aporreados, “pies para que os quiero...”, desaparecían con sus chichones para que les sirvieran de penitencia... y merecer así la Pascua Florida.

Todo lo relatado era muy serio para el pueblo de Villava. Durante toda la noche se velaba ante los monumentos por la Adoración Nocturna y por numerosos fieles. Al día siguiente no era fiesta. En estos días de conmemoración de la Pasión, la gente, voluntariamente, no cantaba y eran muchos los que dejaban de fumar y beber. Pueblo cristiano, de casta.

Viernes Santo. No era festivo. Por la tarde-noche, tras dejar las tareas laborales, a Pamplona, para presenciar la procesión de la Hermandad de la Pasión del Señor. Los tranvías a reventar.

Domingo de Pascua. ¡Aleluya! Cristo ha resucitado. ¡Aleluya! Se celebraba la clásica carrera ciclista del circuito de Pascuas con la participación de Jacinto Meca en rivalidad permanente con Dióscoro Alonso, de Alsasua. También, de Villava, Miguel Osacáin y más al final de los 20, Manolo Meca, Santiago Sancho y no sé si algún otro villavés. Este día, quienes podían, comían cordero en chilindrón. Al siguiente día, lunes de Pascua, era festivo laboral. Así pues, ¡Aleluya!

Luego, dentro del ciclo pascual, se celebraban las tres rogativas preceptivas: a la Trinidad, al Calvario (junto a casa del curtidor) y a Burlada. En este pueblo, la Parroquia o el Ayuntamiento, tras los ritos litúrgicos, obsequiaban a los asistentes con pan, chorizo, queso y vino, y a los niños/as con chocolate y pan. Las rogativas con Cruz alzada, monaguillos, clero con sobrepelliz y estola; los asistentes, algunas mujeres, unos pocos hombres mayores y, sobre todo, niños y niñas, pues las escuelas colaboraban dando asueto sólo para la rogativa:

Sancte Andrea, ora pro nobis.

San Miguel Arcángel

Todos los años, por mayo, nos visitaba la venerada imagen de San Miguel de Aralar. Se le recibía marchando en procesión hasta el puente de Dorraburu, límite de Villava



*La vieja iglesia con el “atrio de las tertulias” para los mayores
y lugar acogedor para entretenimiento de los niños.*

con Huarte; hasta ese límite llegaban, también en procesión, los huartearras, quienes hacían entrega de la imagen a Villava, concretamente a nuestro portador José Satrustegui, privilegio de la casa Motza. De ahí vuelta a la parroquia, cantando a San Miguel, aunque creo recordar que eran las letanías de los Santos lo que se cantaba:

Sancte Michael, ora pro nobis.

Una vez en la Parroquia, ante casi todo Villava, se daba a venerar la preciada imagen por el capellán del santuario de Aralar, mientras el coro, al órgano, repetía sin cesar los motetes relativos al Arcángel:

*Miguel, Miguel,
Arcángel Miguel,
guardad, guardad
a este pueblo fiel.*

*Migel, Migel,
Migel gurea,
gorde, gorde
Euskal Herria.*

Al día siguiente, a las seis de la madrugada, misa conmemorativa de los Ángeles, ante la imagen del Arcángel, con una gran asistencia de fieles, pues la hora se prestaba a ello, y seguidamente, con el mismo portador y en procesión cantada, acudíamos a la Trinidad. Llegados a este lugar, clero y fieles, todos arrodillados en la carretera, se cantaba el Veni, Creator Spiritus:

*Veni, Creator Spiritus,
mentes tuorum visita:
imple superna gratia
quae tu creasti pectora.*

En latín, como estaba mandado.

El alcalde de Villava entregaba la imagen al alcalde de Arre y éste lo introducía en la Basílica. Aquí acababa el protocolo sagrado por parte de Villava y sus vecinos. Un acto verdaderamente maravilloso que daba un ambiente festivo a la villa.

A la Trinidad afluían romeros de los valles más cercanos, con sus cruces parroquiales, sus curas y sus gentes.

Cerca de la Basílica se colocaban tendericos de chucherías para los mocetes. Dentro se celebraban misas, una tras otra, para los romeros de los valles. Durante toda la mañana era un incesante ir y volver de devotos, principalmente devotas de Villava, Arre y pueblos cercanos, hasta de Pamplona. Al mediodía, todo había terminado y el Ángel se iba con la música a otros pueblos.

Se me olvidaba decir que la noche de estancia de la imagen en Casa Motza, el Ángel visitaba a domicilio a cuantos enfermos lo solicitaban.

Procesiones

Se mantienen muy espléndidas las del Corpus y Virgen del Rosario. Han desaparecido la citada del Jueves Santo y la del Corazón de Jesús. Pasamos a dar a conocer esta última.

El viernes de la semana siguiente al Corpus Christi se celebraba en honor del Corazón de Jesús. El pueblo presentaba aspecto de gran fiesta por la gran devoción existente al Sagrado Corazón. Se engalanaban las casas con colgaduras con imágenes prendidas en ellas de la figura de Jesús y del Sacra-

tísimo Corazón. En algunas, en el balcón, se exponía un pequeño altar con la imagen sentada del Sagrado Corazón, la misma que se tenía entronizada en la casa. También se iluminaban algunas ventanas y balcones. El Círculo y el Centro se distinguían por su ornato en sus respectivos balcones con las imágenes mirando a la calle, e iluminadas con profusión de luces. Por la tarde, tras la novena (entonces no se celebraban misas vespertinas) se sacaba en procesión al Corazón de Jesús en una talla preciosa que hoy se guarda en las dependencias parroquiales y que entonces y hasta la reconstrucción del nuevo templo, tenía altar propio. Todo Villava, es un decir, se unía a esta fiesta. Tras la procesión religiosa se hacía otra procesión profana, que era ni más ni menos, que un desfile de gentes por el pueblo, en familia o en grupos de amigos para ver el ornato de las casas y gozar de esta noche sacra.

Los jóvenes de ambos sexos no perdían la oportunidad de relacionarse entre sí, y de algunos de estos grupos se desprendían algunas parejitas que rebasaban la calle Mayor y se iban por el paseo y los chalés coloquiando sus cositas... Todo un hermoso día con buen remate.

El Viático

(Sustento para el viaje). Cuando el médico estimaba oportunos los auxilios espirituales al enfermo, lo comunicaba a la familia; quien pedía a la Parroquia la Sagrada Comunión para su deudo y se procedía a viaticar a la persona enferma.

Preparativos. Poco antes del rosario de la tarde, dos monaguillos provistos de una campana de bronce la hacían sonar por las calles de la villa. Al repiqueteo de la campana los vecinos inquirían para quién era el viático y los monaguillos daban el nombre. Los vecinos se movilizaban, pues era grande la devoción a la Eucaristía y el afecto por el enfermo y su familia. Las mujeres se tocaban la mantilla y tomaban una vela. Los hombres, no todos, iban a “casa del pintor” (tienda de cerería frente a la plaza), y allí, Teodoro Donézar y su esposa Fermina Pérez, los proveían de blاندones, hachas de cera, de las que, previamente habían pesado una, a fin de conocer el gasto que se iba a producir, puesto que todas consumían lo mismo.

Luego del rosario se organizaba el viático solemne. Don Luis Ichaso, con sobrepelliz, estola y esclavina pluvial portaba el Santísimo en una cajita que hacía de copón. A su lado otro u otros sacerdotes si se hallaban presentes y el sacristán, Estanislao Noguera, portando el fanal, y dos monaguillos haciendo sonar la campana intermitentemente. Se ponía el cortejo en marcha, rigurosamente en silencio. Los niños y niñas marchaban delante; después los hombres con o sin hachas; seguidamente las mujeres, todas con cirios; todo este acompañamiento en dos filas a lo ancho de la calle; en el centro iba el viático con el clero y auxiliares; al final de todos el alguacil cerraba la procesión, por si pasaba algún coche o vehículo rodado.

Llegados a la casa del enfermo entraban el sacerdote portador y auxiliares. En la calle, agrupados, permanecían los vecinos en silencio, bisbiseando oraciones, esperando.

Cumplidos los ritos y administrado el viático, se volvía a la iglesia en el mismo orden que a la ida. Una vez allí el preste hacía saber a los fieles las indulgencias concedidas por los Papas a los asistentes y se cantaba por todos el *Tantum ergo*, gregoriano:

*Tantum ergo Sacramentum
veneremur cernui...*

Y se daba la bendición con el Santísimo. Acabada la ceremonia los hombres apagaban las hachas en sendos pozales con agua colocados a la salida y marchaban a entregar los blandones. El señor Donézar pesaba uno y, a tenor de lo gastado, cobraba a todos lo mismo: diez céntimos o quince, raramente veinte.

Voy a referir lo extraordinario de un viático en Villava. Yo tenía leída la novela “Peñas Arriba”, del santanderino José M^a Pereda, en la que relata un viático que hubo que llevar a la montaña en una noche despiadada de nieve y ventiscas. En tres o cuatro machos subían al caserío del enfermo el cura, el sacristán y algún familiar del necesitado moribundo. La cellisca cegaba a acémilas y hombres, les quitaba el aliento y difícilmente llegaron. Me impresionó mucho.

¿Quién iba a pensar que yo iba a vivir un viático parecido? Se trataba de un gitano, o gitana, “ocupa” de la ollería que existía al otro lado del río, casi sobre los peñones de la catarata. Estaba una noche de perros. El vendaval y el aguacero parecía que salían del río. En silencio llegamos a la Trinidad. No éramos muchos pues el temporal no permitió a tantos vecinos acompañar al viático. El sacerdote pidió que



*Basilica
y el llamado puente de la Trinidad.*

se quedaran los fieles bajo cobijo del atrio de la Basílica. Todo a oscuras. Las velas y las hachas no pudieron aguantar las acometidas del viento huracanado. El sacerdote eligió a cuatro o cinco mozos –entre ellos a mí, todavía mocico– para que le acompañaran. El sacristán mantenía el fanal encendido y a su parda luz iniciamos el paso por el puente. Es de saber a quienes no conocieron este puente antes de su restauración, que había sido volado en la tercera guerra carlista, que no tenía pretils protectores y que la cubierta del arco del centro era de maderas sin ajustar bien. Este paso del puente fue peligrosísimo. El vendaval casi nos barría y nos escupía como chorros de agua de arriba abajo y de los costados. Como es natural, no valían los paraguas. Así que, calados hasta los huesos, por fin, pasamos el puente, y a la vuelta, lo mismo. Fue algo para vivirlo, que resulta difícil contarlo. Mas ahí queda como hecho histórico. No hubo milagro, aunque nos lo merecimos.

Vocaciones religiosas

Decían en el obispado que Villava era un pueblo levítico. Efectivamente, era religioso y abundaba en vocaciones religiosas; bueno, vocaciones o lo que fuera, pues un chico o una chica a los doce, trece o catorce años, no puede ser que tenga verdadera vocación que significa “llamada”; quizá, sí, algún muy aislado caso, pero tantos... Ocurría que en los hogares no es que sobraran hijos, pero tampoco estaba nada mal que alguno/alguna marcharan a estudiar y a for-

marse y luego, ya veremos... Y es que llegaban a las escuelas “los padres de los caramelos” y ponían de color de rosa las maravillas de un colegio apostólico y las posibilidades de llegar muy alto, que convencían a algunos y a algunas. Luego, a los padres, a ellos era más fácil convencer. Un plato menos en la mesa y una esperanza más...

Unos pocos chicos ingresaban en el seminario conciliar y los más, chicos y chicas, en las órdenes religiosas. Algunos y algunas sentían la vocación, la maduraban y llegaban... Otros, sobre todo muchachos, lo dejaban y se volvían a casa, pero llegaban cambiados. Nunca agradeceremos a la Iglesia la enorme labor realizada en la formación e ilustración de estos jóvenes, tanto por los que se quedaron como por los que volvieron; éstos, los que anduvieron por seminarios y noviciados, adquirieron buena formación académica y pudieron acceder a carreras universitarias, magisterio y comercio, pudiendo situarse apreciablemente bien en la sociedad civil.

De los que alcanzaron las metas deseadas, muchos, ellos y ellas, marcharon por esos mundos de Dios a predicar el Evangelio, principalmente a los pobres y necesitados de todo, según el mandato de Jesús tras su resurrección:

*“Id por todo el mundo y predicar el
Evangelio a todas las gentes”* (Mc 16,15).

Así, nuestros misioneros y misioneras se desparramaron por el mundo llegando a tierras de penuria y grandes peligros, cumpliendo el citado mandato de su Señor. Aquí me permitiría decir que un capuchino villavés, que fue conmigo a la escuela, Tomás Donazar, llegó hasta la inhóspita pro-

vincia del Kansu, en lo más septentrional de China y tuvo que soportar, aparte de las incomodidades propias de su voluntario ministerio, las que le sobrevinieron con el régimen maoísta perseguidor de la Iglesia católica. Ya fallecido este misionero, honor a él y a cuantos y cuantas de Villava fueron y siguen siendo y los que seguirán, adelantados del Evangelio.

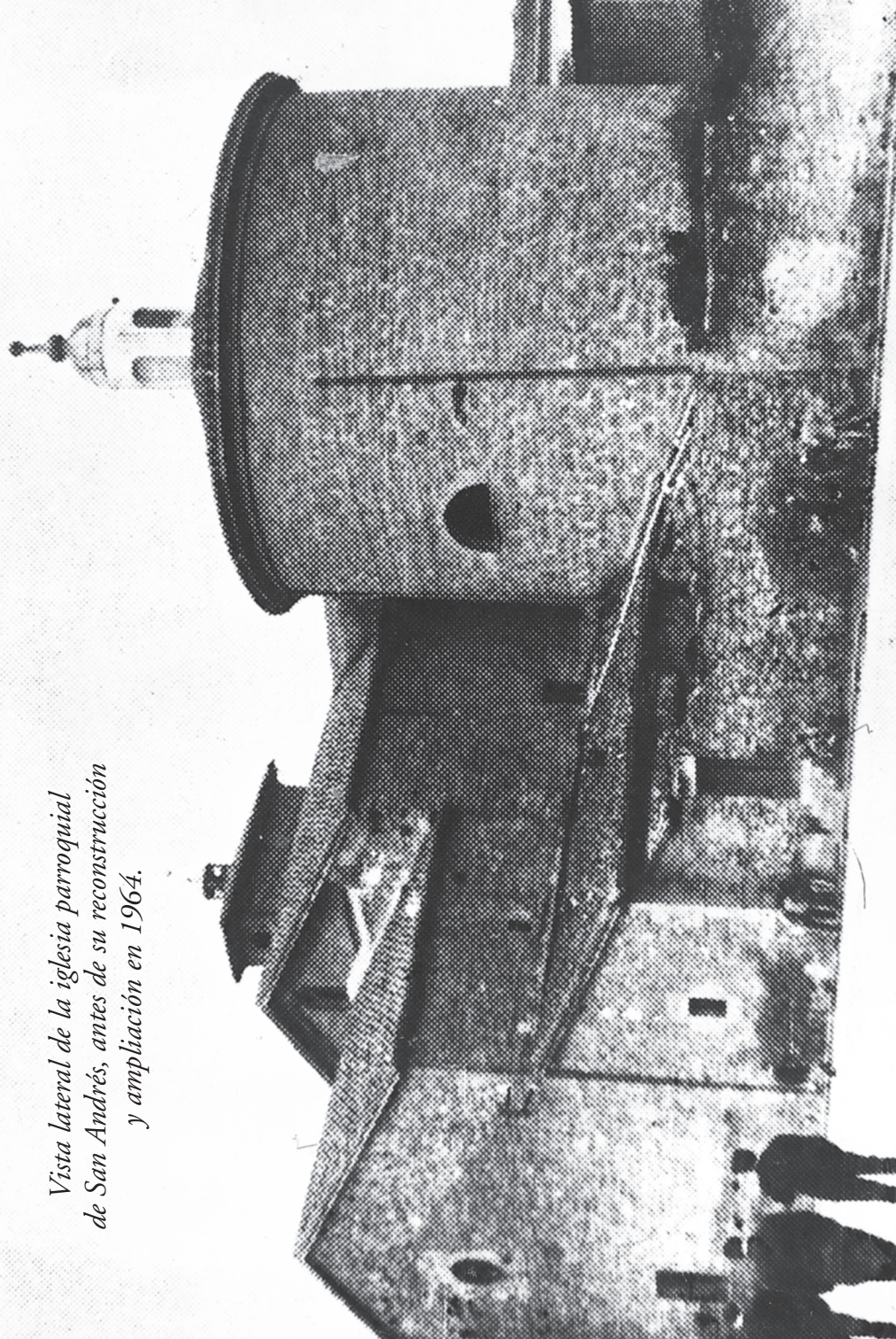
Aquí cabe hacer un ligero comentario, aquella sacralización de la sociedad (siempre a mi parecer) no era buena, y el clericalismo, mucho menos. Era necesario un cambio serio, un “aggiornamento” de la Iglesia y llegó el Concilio Vaticano II a tratar de poner las cosas en su lugar. Si luego todo, o casi todo, ha cambiado, ha sido consecuencia del “parto” de la Iglesia que supuso el Concilio, y no hay parto sin dolor.

La historia de la Iglesia viene a ser como la del pueblo de Israel: alejarse y acercarse de Dios y a Dios, según les fuera. Si se alejaban caían en la idolatría (adoración de ídolos) y cuando se acercaban, volvían a la latría, a su Dios. Hoy el ídolo más atrayente, quizá sea, el hedonismo de la vida (el placer como fin supremo). Cuando la humanidad se canse de buscar la felicidad por anchos caminos, sin encontrarla, puede que la busque por caminos nada facilones que conduzcan a Dios. Yo soy optimista y esperanzador...

San Agustín, obispo de Hipona (Argelia), que también se anduvo por las ramas, cuando encontró el camino, escribió:

*Señor, nos hiciste para Ti
e inquieto está nuestro corazón
hasta que descanse en Ti.*

*Vista lateral de la iglesia parroquial
de San Andrés, antes de su reconstrucción
y ampliación en 1964.*



IV

Las Navidades de entonces

Por aquellas calendas, Villava era un pueblo austero en el que, la mayoría de sus gentes, vivía en pobreza de recursos económicos con dignidad. Entiéndase pobreza, no miseria, que es muy distinto. No había paro. Hombres y mujeres tenían trabajo, si mal los salarios eran bajísimos, acordes con aquellos tiempos de manualidades y artesanía. Papelera Española, Onena, Hijos de Pablo Esparza, Carretería Berché y algunas carpinterías y talleres daban trabajo a los villaveses y foráneos. La agricultura era de subsistencia. En un kilómetro cuadrado de la villa no podía dar mucho de sí. Dicho queda, los jornales escasamente cubrían las necesidades básicas de la vida. Mas, como todos —exceptuando unos pocos— venían a tener parecidos ingresos, no se apreciaban notables diferencias, y todos tan felices y dichosos. O sea, no había lugar para la envidia, que es la carcoma de las gentes y de los pueblos. Y téngase en cuenta que los matrimonios eran bastante prolíficos y llenaban las familias y la misma villa de críos.

Nochebuena y Navidad

Se presentaban de buena cara. Quienes más, quienes menos, jugaban a la lotería de Navidad maquinando ilusiones... se engalanaban los escaparates de las tiendas (la Cooperativa, la “tienda nueva” de A. Ilzarbe y alguna otra) con turrone y dulcerías navideñas, con luces, cintas, virutas de celofán y papelería de estaño, oro y plata. Deslumbrantes escaparates. Los críos se asomaban gozosos con la boca hecha agua agridulce y hasta había quienes lamían el cristal del expositor. Hubo un mocete que no llegaba a ver, se agarró a la base del marco, dio un fuerte salto y rompió el cristal con la cabeza. Las gentes, por las calles, tenían caras amables y se sentían como más solidarias. Se deseaban felices Navidades, “felices Pascuas” era la frase que más se prodigaba.

Limosnica de Navidad. El día 23 los mocetes recorríamos algunas casas de las consideradas “más pudientes”, los chalés y, sobre todo, casa de Esparza. En ésta a todos cuantos acudían con la consabida frase “felices Pascuas”, recibían una ochena (diez céntimos) lo que suponía una buena paga navideña o aguinaldo. Estas monedas de cobre, creo recordar, las repartía la señora Ángela que conocía bien a cada crío para evitar la repetición de la felicitación. En otras casas, en alguna de ellas, por lo general daban cinco céntimos (una cuatrena). A poco que anduviera uno, se podía sacar 40 ó 50 céntimos en la llamada limosnica de Navidad, cantidad que daba de sí para gastarla en la “tienda nueva” o, mejor, en “casa la sorda”, de la señora Isidora y de la Fran-

ca, la primera más sorda que una tapia. Aquí, por cinco céntimos te daban un buen trozo de turrón o un guirlache, ambos de cacahuets, tipo royo; va como ejemplo.

Se realizaban las compras navideñas, con las tiendas llenas de clientas. En la antes citada casa Esparza, en La Cadena —donde actualmente se encuentra— se vendían a granel vinos, licores y anisados. A los hombres se les obsequiaba con un buen vaso de vino (todo el año) y a los mocetes con vasico de vino rancio. Vino, aguardiente, anís y vino rancio es lo que más se llevaba a las casas. Las que despachaban las bebidas, la antes citada señora Ángela y su hermana Mercedes, madre ésta de los Ollo Gil.

En las calles no había signos externos de Navidad. Estimo que el “horno” de las arcas municipales no estaba para bollos. Tampoco en el templo parroquial se notaba poco ni mucho que se celebraba la Natividad del Señor Jesús; situaban a un niño y su cunita en la credencial o repisa del lado del evangelio, pero sin adornos. Como las escuelas y colegios daban vacaciones al alumnado, los mocetes y mocetas lo invadían todo y a puro grito: la plaza, el matadero, la calle Mayor, el patio de la fábrica y el atrio de la parroquia.

Lo de los belenes, a los que se denominaban “nacimiento”, no había ni en las casas ni en las iglesias. Los mocetes solíamos hacer chapuceras figuricas de barro. A quienes sus padres se lo consentían las ponían en la cocina de sus casas con musgo y serrín. Los mocetes y mocetas de mi sector de la calle Mayor hacíamos las figuricas y las poníamos, dentro de un orden desordenado, junto al pozo de la era de Beltza, sito tras la casa de este nombre, que así la llamába-

mos. Pero eran como flor de un día. Modelábamos las figuras con barro natural o hecho a base de “pis” si la tierra estaba seca, o sea de meadicas de chicos/chicas que, afortunadamente, no había ni complejos ni malicias a la hora de mear para poder amasar barro. Luego, una tarde, se ponía el nacimiento en el suelo, y ya apenas nos preocupábamos mas de él; en la mayoría de los casos actuaba el gamberrismo infantil y san-se-acabó. Creo recordar que aquellas artes plásticas podrían ser cualquier cosa, menos arte. Así, por ejemplo, la mula y el buey se distinguían sólo por los cuernos, y las ovejitas de los pastores, en que aquéllas tenían cuatro patas y los pastores eran bípedos. Cabría decir aquello de “si sale con barba, San Antón; y si no, la Purísima Concepción”. Hoy, tal y como se aprecia el arte moderno, puede que aquellas figuras alcanzarían el apelativo de artísticas, ¿quién sabe?

El día 24 se incrementaba el bullicio doméstico y callejero. Los chicos cantábamos, exhaustivamente, el siguiente absurdo villancico:

*Esta noche es Nochebuena
noche de comer turrón,
ha parido la estanquera
un burro con pantalón.*

Claro que, en tratándose de villancicos, los había, y sigue habiendo, letrillas de lo más pobre y absurdas.

Esta noche no se trabajaba en la Papelera (tres turnos). Cerraba a las seis de la tarde. Este día era vigilia, o sea, de abstinencia de carne. Se cenaba pronto, sobre las ocho o las

nueve. El plato principal era el besugo en salsa, que en aquellos tiempos era muy barato. También las angulas entraban en la “carta” navideña, que, como dije anteriormente, tenían bajo precio y era comida de pobres. Como ensalada: escarola con tropiezos de sardina arenque (de cubo), que sabía muy rica. De postre turrone y también, en muchas casas, compota de manzana, orejones, higos y pasas. Café de puchero y copas de anís y coñac de barril para los mayores; para mujeres y niños, copitas de vino rancio. Entonces no se estilaba para el copeo el anís de pacharán, si bien en las casas lo había, casero, para los casos de dolor de tripas. Se cantaba y se tocaban instrumentos de cocina. La cena se despachaba en la cocina al calor de un buen fuego. Los críos gozaban lo indecible, muy despiertos, con unos ojazos enormes y curiosos deslumbrados por la alegría de la noche familiar; más tarde, poco a poco, los párpados se aplomaban, se cerraban y los peques se derrumbaban, pero les quedaba el regusto de la santa noche. Entonces los padres los iban metiendo en las camas previamente calentadas con el calorífero de agua caliente, pues estaban los cuartos como neveras.

A las doce a “Misa del Gallo” gran parte de los villaveses, cosa seria, pues salir del calorcillo del hogar al frío glacial de aquel viejo templo parroquial era jugarse un buen catarro o algo más. La misa era cantada, no sé si de Angelis o la Pastorela, más bien la primera. En el coro, al órgano, don Félix Goicoa, sacerdote, un par de críos, tiples, y los consabidos Arturo, Sangalo, Delás, Olasagarre... Al final se daba a besar al Niño previa aportación a la bandeja de una cuatrena u ochena, mientras el coro cantaba:

*Venid, pastorcitos,
corred a adorar
al Niño que luego
nos ha de salvar.*

Y a continuación:

*Las estrellitas que hay en el cielo
forman un velo de blanco tul
y se destaca como ninguna
la hermosa luna del fondo azul.*

Después de la misa se abrían el Centro y el Círculo, para los hombres, mientras las mujeres se marchaban a sus casas para jugar a la brisca o al porrazo en la mejor armonía entre las vecinas. Asaban castañas que se comían con nueces y con buenos lamparillazos de vino rancio.

El día 25, Navidad, desayuno con churros de “la serena”. A las once, misa mayor, exactamente igual a la del Gallo, adoración del Niño, y villancicos, como anoche, y éste tan precioso:

*Qué fría es la nieve
que cayendo está
y el pobre Niñito
qué frío tendrá.
A Belén, pastores,
queremos marchar,
que el Rey de los reyes
ha nacido ya.*

Comida propia de Pascua. Plato fuerte: el cordero, gorrín o gallina. Se hacía larga la sobremesa, jugando a las cartas. Los padres en estas fiestas se hacían más cercanos a sus hijos y éstos se embelesaban oyéndoles contar sus vivencias pretéritas. Como no había radio, ni mucho menos televisión, el amor familiar lo llenaba y lo invadía todo. Así se transmitían las buenas tradiciones de la religión y de la tierra de padres a hijos.

No había segundo día de Pascua. Entonces, el día que no se trabajaba no se cobraba, ni el día de Navidad, ni el de Año Nuevo, ni el de Reyes. Tampoco se cobraba el jornal en los días de fiestas de guardar, incluidos, naturalmente, los domingos. Así que el ciclo navideño dejaba sin resuello las arcas o faltriqueras domésticas. Es natural que se dijera, tras las fiestas, que comenzaba “la cuesta de enero”.

El día 28 lo pasábamos la mar de bien todos con las inocentadas. Era grande el afán de engañar con gracia. Una señora le puso a su marido gaseosa “Armisen”, la papeleta amarilla y la blanca, en el orinal. Cuando el hombre necesitó vaciarse contempló espantado que aquello subía, subía y se desbordaba. Gritó aterrado y no podía comprender que su mujer se riera a mandíbula batiente. Ésta comenzó a calmarle mientras le decía entre frases entrecortadas por la risa: inocente, inocente... Los críos nos dedicábamos a prender a las espaldas de menores y mayores, monigotes de papel; algunas señoras entraban en la iglesia con la etiqueta colgando, lo que acrecentaba la risa de cuantos contemplaban la inocentada cuando la persona prendida se apercibía de que algo sucedía en su espalda y se arrancaba el monigote, todos

los chicos prorrumpían a una: “inocente, inocente, que llevas la carga y no la sientes”. Y así, burla, burlando, nos lo pasábamos pipa.

Nochevieja y Año nuevo

La Nochevieja, en Villava se celebraba muy someramente. En la calle se notaba más pues había “movimiento”, “movida” que se dice hoy. En la cena de esta noche casi no podía faltar el chicharro que, asado, estaba muy rico. Para postre, abundancia de castañas cocidas y algo de turrón. Se jugaba a las cartas. A bastantes villaveses la media noche les cogía en la iglesia: los tres turnos de la Adoración Nocturna y abundantes fieles celebraban la vigilia de fin de año. Salmodias, meditación, y misa cantada, todo con el Santísimo expuesto en el tabernáculo. Poco más de dos horas. Palabras profundas para la reflexión: “lo que somos delante de Dios, eso somos, y nada más”. Examen de conciencia personal del año que terminaba. Al dar las doce campanadas todos los adoradores las escuchaban con el rostro pegado al suelo. ¡Qué tiempos! Luego, al salir, cada cual y cada “cuala” a por el plan que tenían concebido. Los mozos a aumentar el jolgorio de la calle.

El día de Año Nuevo se celebraba, más o menos, como el día de Navidad. Cambiaba el saludo de felices Pascuas por el de feliz Año Nuevo. Caras majas y todos amigos, bueno... casi todos. En la parroquia, por la mañana y por la tarde, en la adoración del Niño, este bonito villancico:

*Ya viene el Sumo Bien
que a todos nos causa alegría;
con José y con María
adorémosle también.*

Mas otros villancicos “reps” entre trémolos del órgano.

Reyes Magos

No se celebraban cabalgatas de Reyes. Tardarían muchos años.

Noche de ilusión la de la víspera para la chiquillería. Como antes y después, ahora y siempre. Noche de amor y de bendiciones. Entonces como había tan poco “parné”, sólo echaban los Magos a los hijos, salvo algunas excepciones, claro: pelotas de goma para “futbolear”, juguetería y hasta tirabeques, arma arrojadiza bastante solicitada por los chicos; muñecas, saltadores, diábolos para las chicas; y para unos y otras, la clásica caja de anguila, redonda de unos ocho centímetros de diámetro, que era de mazapán y venía a costar unos cincuenta céntimos. Padres felices, hijos felicísimos y todos urdiendo la hermosa comedia de la más maravillosa felicidad. Este día de Reyes la calle y la plaza eran una gozosa algarabía de niños y niñas que habían hecho realidad sus ilusiones. ¡Bendito día! Ya sólo quedaba de las Navidades el domingo siguiente a Reyes que se denominaba “Domingo de la Sagrada Familia”. En casa se mejoraba la mesa en un último esfuerzo económico de la poca leche que quedaba en las ubres familiares.

Antes de terminar este relato sobre las Navidades de los años 20, dos importantes apuntes: se ha dicho que ni en el templo parroquial ni en los domicilios se ponían Belenes/ Nacimientos. Mas, se hace saber que en los PP. Capuchinos de extramuros colocaban un maravilloso Belén, grande y muy bíblico. Si el tiempo lo permitía las gentes de Villava iban diariamente a verlo, sobre todo los domingos familias enteras iban y venían cual si el ángel les anunciara, como a los pastores: *“encontraréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”* (Lc 2,12).

El segundo apunte o noticia: casi todos los años, si no todos, se juntaba una cuadrilla de mozos y mayores con el fin de alegrar al pueblo cantando y tocando villancicos por las calles en una de las noches navideñas. Recuerdo algunos nombres de los componentes de la rondalla y cantores: L. Echeverría (bandurria), Eusebio el barbero, Pérez, Del Peral (guitarras), J. Urtasun (ocarina); cantores: los dichos y Alegría, Mendióroz, Izco, Mínguez... Estos hombres aportaron su buen hacer para alegrar la Navidad.

¡Y a por la penosa cuesta de enero!

V

La política y los sindicatos

Política

Durante los años veinte predominaba en Villava el jaimismo (carlismo) algo mermado por la reciente escisión mellista (1919). Va un poco de historia:

El 15 de enero de 1905 se constituye oficialmente en Villava el Círculo Carlista con 56 socios. Su primer presidente fue Miguel Induráin, asistido por el secretario Mamerito Amorena. La inauguración de este Círculo tuvo lugar el 25 de julio del mismo año, onomástica de don Jaime de Borbón.

Escisión mellista. Don Juan Vázquez de Mella era el jefe e ideólogo del Partido Carlista. Este señor, como casi todos los carlistas, era de tendencia germanófila. Al terminar la Guerra Europea (1914-1918) con la derrota de la Alemania del Káiser Guillermo II, aparece don Jaime que, viviendo en París, se había considerado francófilo, y al conocer el germanismo de Mella y su influencia germanófila en el partido, decidió desautorizarle. Cayó mal esta decisión y no po-

cos carlistas abandonaron su Partido constituyendo el Partido Tradicionalista.

Estos datos se citan para entender la enorme conmoción que supuso para el carlismo villavés, que lo dejó dividido.

El 30 de diciembre de 1919 se celebra en el Círculo junta general, y tras fuerte discusión borrascosa, se acuerda por mayoría que el Círculo permanezca en la lealtad a don Jaime, abanderado del Partido, y para los carlistas, rey legítimo. Se le envía a este señor el comunicado del acuerdo adoptado. Fue el primer Círculo de España en adherirse a don Jaime, como consecuencia, distinguió al Círculo con la Corbata de la Legitimidad Proscripta. A partir de este suceso el Círculo pasó a llamarse Círculo Jaimista.

Los que se fueron, y alguno más, fundaron en la villa el Centro Católico que quedó establecido en la calle Mayor, 35, frente por frente del Ayuntamiento.

Se suscitó una situación deplorable en la villa con serias desavenencias entre escindidos y no escindidos. Hasta en las familias llegaron las divisiones y malos modos. Esta situación duró algunos años, más bien, pocos, afortunadamente, para bien de todos. Después hubo buen entendimiento entre ambas sociedades.

El Centro Católico dejó por completo la política a un lado, mientras que el Círculo la incrementó. Tuvieron buen acuerdo los dirigentes de abrir sus puertas a todos los villaveses sin exigir su filiación política, sólo el tener sentimientos católicos y aceptar el reglamento. Sobre todo a los jóvenes se les admitió sin excepción alguna apenas éstos

cumplían 14 años, casi todos se hacían socios de media cuota: 25 céntimos mensuales. Para ellos el Círculo tenía el aliciente de los juegos, sobre todo en los inviernos, con un amplio salón calentico en el que poder jugar a cartas en buenos corros: a los seises, a los montones y hasta el siete y medio, este juego de matute, pues Marcelino Mínguez los tenía bastante controlados. También tenían mesa de billar y, en buen tiempo, dos canchas de juego de bochas y juego de la rana, y un patio en el que se estaba de maravilla para lo que fuera.

Para chicos y mayores de ambos sexos se representaban veladas teatrales desde noviembre hasta la Cuaresma. Cada domingo se estrenaba una comedia de tres actos y al domingo siguiente se repetía acompañada de un sainete cómico de un acto. Se ponían sillas numeradas, de pago, creo recordar que a 25 céntimos por silla y unas sólidas gradas de madera con apoyo en la pared, frente al escenario, y que eran gratis.

En aquellas calendas los “artistas” que más recuerdo eran Miguel Alegría quien, con Marina Elía bordaban “La Casa de Quirós”; Toribio Induráin interpretaba “El Anarquista” tan a lo vivo que parecía que lo fuera; Nicolás Izal en “El Juez de Sesenta Abriles”, insuperable, con risas en cascada en el salón. Otros actores: Alejandro Úriz, Javier Urtaun, Aniceto Elorz, Prudencio Tohane, cuatro Amorenas: Jesús, Felipa, Felisa y Ángeles, más otros que siento no recordar.

Después de este cuadro artístico, Domingo Veramendi dirigió algunas veladas. Y ya, en los inicios de los trein-

ta, bajo la notable dirección de Alejandro Úriz, hicieron tablas otros y otras artistas que siguieron con el arte de Talía.

Además de ser sociedad recreativa se mantenía la política mientras se podía. El año 1923 se impuso la Dictadura del general don Miguel Primo de Rivera que duró hasta 1929. Este régimen se ocupó, entre otras, de privar de libertades políticas. Fundó el partido La Unión Patriótica, centralista y alfonsino. El jaimismo quedaba al paio, relegado a sus Círculos. Los alcaldes los nombraban los gobernadores civiles entre los hombres de La Unión Patriótica. Esta Dictadura, sin embargo, no fue tan férrea como la franquista. Por lo que respecta al Partido Jaimista, conservó sus Círculos, la prensa (que era muy numerosa) y todos sus bienes. Pero no había que salirse de la raya porque caían multas y cárceles.

Recuerdo, siendo yo de diez o doce años (nacido en el 14) haber asistido a una conferencia Jaimista o fuerista y ver en la presidencia, en el centro, al delegado gubernativo capaz de suspender el acto, como sucedió en más de alguna ocasión. Bajo esta “protección” gubernativa los pocos actos propagandísticos que se realizaron en aquella época (incluidos los de Villava) resultaban descafeinados pues, al terminar los actos, no se podía exteriorizar el sentimiento y entusiasmo carlistas ya que era preceptivo en el carlismo vasco-navarro terminar todos, puestos en pie cantando el Gernikako Arbola y el Oriamendi, lo que, claro, se omitía.

Pese a todo el Círculo funcionaba, siendo sus puntales o bases del mismo, justo es reconocerlo, los conserjes Blas

Armendáriz y su esposa Fermina Vales, con su valioso auxiliar Marcelino Mínguez que era un señor extremadamente simpático y alegre como buen cristiano que era. Y no quiero dejar sin mencionar al eficiente y ordenado administrador, Luis Echeverría.

Eran tiempos en que, en Villava, hasta el aire era religioso. Así, el Círculo se cerraba, los días festivos, durante la misa mayor y la función religiosa de la tarde. Y, a mediodía, al toque de oración en la Parroquia, se daban unas palmadas y puestos en pie los socios, se rezaba el “Angelus” dirigido por Mínguez.

Se dirá que todo era anacrónico, pero se hallaba acorde con los signos de aquellos tiempos y nadie se oponía porque se consideraba un hecho natural. Téngase, además, en cuenta, la religiosidad de los miembros de nuestra Dinastía. El mismo don Carlos VII, tenía dicho y escrito:

*Se puede ser católico sin ser carlista,
pero no se puede ser carlista sin ser católico.*

Se podrá decir, y con razón, que soy un forofo del Círculo de mis tiempos mozos. El Círculo era “mi otra casa”, además, como una institución en Villava, para todos. Item más, yo me hallaba identificado con el ideal político de sus fundadores: Dios-Fueros-Patria-Rey, por este orden.

Y vuelvo a mencionar al Centro Católico, tan villavés, para decir que, fuera de lo político, venía a ser una entidad villavesa, semejante al Círculo, en lo religioso y en lo recreativo, cumpliendo ambos una muy estimable función social.

Sindicatos

En el año 1920 ya existía en Villava el Sindicato Libre de tanto arraigo en Cataluña y en Vizcaya. Hasta llegó a tener dos diputados a Cortes: Ramón Sales y Juan M^a Lliteras, ambos catalanes. Los sindicatos Libres eran sindicatos de clase, como debe ser todo sindicato obrero. En lucha abierta con la CNT (sindicato anarquista) tachaba al Libre de “amarillo” confundiéndolo, maquiavélicamente, con este color, los “libres” cantaban con esta letrilla:

*Rojos y amarillos
no nos pueden ver,
Sindicato Libre
tiene que vencer.*

En Villava el Sindicato Libre se componía de tres sindicatos: el de Papelera Española, el de Onena y el de Oficios varios. De esta forma se daba cabida a todos los obreros de la villa. Al cerrarse Papelera Española, este sindicato cesó en sus actividades, quedando únicamente los otros dos sindicatos.

El Sindicato Libre, al comienzo de la Dictadura, tuvo cierta aceptación por su lucha con la CNT que fue suprimida por el régimen dictatorial y perseguida por el general Martínez Anido. Más tarde el Libre cayó en desgracia y fue disuelto, pasando entonces sus sindicatos a denominarse sindicatos Profesionales, pero sin aquel marchamo de lucha obrera que tenían los sindicatos Libres.

En consecuencia, en Villava, los dos sindicatos, Onena y Varios, siguieron la nueva nominación hasta que el fran-

quismo, en el año 1936, se apoderó de sus locales, enseres, documentos y cuanto poseían ambos sindicatos.

Hacia mediados de la Dictadura se constituyó en Villava el Sindicato de la Unión General de Trabajadores, UGT, con dedicación a Onena. Este sindicato, muy cercano al Partido Socialista Obrero Español, PSOE, aunque parezca asombroso, gozó de las bendiciones y privilegios del régimen dictatorial. Su secretario general era Francisco Largo Caballero (1869-1946) quien asumió el cargo de miembro del Consejo de Estado durante la Dictadura. El Sindicato Profesional y la UGT de Villava nunca tuvieron buenas relaciones, salvo en una huelga reivindicativa en Onena, a la que marcharon juntos los dos sindicatos, pero esto ya ocurrió metidos en la década de los treinta. En esta huelga también estuvo solidario, el Sindicato de Solidaridad de Trabajadores Vascos, nuevo en Villava.



Cuadro artístico del Círculo Jaimista, hacia 1920.

Primera fila, superior, de izquierda a derecha: *Miguel Alegría, Jerónimo Esquíroz, Pedro del Burgo, Esteban Armendáriz.*

Segunda fila: *Martiniano Irigoyen, Nicolás Ibarra, Aniceto Elorz, Jesús Amorena, Domingo Veramendi, Marcelino Mínguez.*

Tercera fila: *Margarita Zudaire, Marina Elía, Alejandro Úriz, Felisa Amorena, Concha Irigoyen, Ángeles Amorena.*

Cuarta fila: *Prudencio Tohane.*

VI Educación

Escuela de peritos agrícolas

Comenzamos por esta escuela por ser la más distante de la Plaza. En ella se cursaba la carrera universitaria de Perito Agrícola. Creo que había una atención especial a la viticultura, seguramente, es mi parecer, debido a la epidemia de la plaga de la filoxera (insecto hemíptero que ataca las vides) que asoló las viñas en la década anterior. A este fin casi toda la finca de la Diputación se hallaba plantada de viña, desde la escuela hasta la carretera a la estación del Norte, y, según se decía, era la mejor plantación, habida cuenta de que había vides de todo el mundo, cada una con su nombre latino en un piquete a su lado. Esto lo pude comprobar yo, “in situ”, pues más de una vez penetré en la finca y no precisamente para estudiar la viticultura, sino para recrear mi tripa con aquellas succulentas uvas.

El director de esta escuela era entonces el señor Salmones, un ingeniero agrónomo de mucho peso en Navarra. Me parece estar viéndolo con su venerable barba blanca paseando por su “Falcon Crest”.

Colegio PP. Dominicos

Se denominaba Colegio de Berrio-Ochoa en dedicación al beato Valentín de Berrio-Ochoa O.P., natural de Elorrio (Vizcaya), y estaba en el mismo lugar en que hoy se encuentra la capilla y residencia de los Dominicos de nombre “Besta-Jira”, nombre éste que toma de su anterior denominación, cuando fue propiedad de varios socios pudientes de Pamplona y otros y en él había casino, fiestas, instalaciones deportivas, tenis, pista de patinaje, etc., ocupando todo el recinto actual excepto una importante finca propiedad de don Serapio Huici, junto a Berrio-Ochoa, separadas ambas por una alta tapia.

En este colegio se impartían clases de cultura general y de enseñanza media: la del P. Flores (un gran dominico que se esmeraba en la enseñanza) y el P. Celestino que se ocupaba de la secundaria.

Yo tuve la fortuna de ser alumno del P. Flores y puedo asegurar que muy feliz en esa época de mi niñez con tan buen profesor y con tantas instalaciones para jugar y disfrutar. La pena que no me duró mucho, sólo unos dos o tres años, pues cuando me sentía mejor, el colegio se cerró. En él era una gozada la celebración de Santo Tomás de Aquino O.P. (el 7 de marzo, entonces). Ya de víspera se encendía una gigantesca hoguera de leñas acumuladas por los colegiales desde hace días trayéndola del monte y de las márgenes de los ríos. El día del santo nos daban un bollo suizo con chocolate; y, por la noche, teníamos una velada de teatro a cargo del cuadro artístico del Círculo Jaimista.

Colegio MM. Dominicas

Mixto de tres a seis años (parvulario) a cargo de Sor Amelia, aquella bendita religiosa que renunció a ser madre biológica para ser una auténtica madre por amor y dedicación, de casi todos los niños de Villava. ¡Honor a ella en el cielo!

Aparte de este parvulario tenían tres clases de enseñanza: la de las chicas sin uniforme, enseñanza primaria y labores; la clase de la Beata Imelda, con uniforme de cuadros blancos y grises, un poco más de dedicación que las anteriores, para más señoritas, todas externas; y las internas, las de la clase bien, de uniforme azul y cuello blanco: éstas, cultura general, música, labores, pintura, para preparación de un buen matrimonio. Algunas ya tenían su novio y estaban destinadas; también, más de una, sentía la vocación religiosa e ingresaba en el mismo convento como novicia. Si lo sabré yo que fui monaguillo de estas monjas desde los seis hasta los trece años, y en los veranos iba a la huerta muchos días para ayudar al hortelano.

Escuela de chicas

Sita en el primer piso de la casa consistorial, parte trasera. Doña Simona Izurdiaga fue la maestra de los primeros veinte; la segunda fue doña Irene Larragueta. Sé que era muy buena escuela en todos los aspectos y que hacían trabajar de lo lindo a las chicas. No había casi relación entre chicos y

chicas de las escuelas. En aquellos tan puritanos tiempos, las madres trataban de inculcar la separación de sexos:

*Chicos con chicas
van a pecar,
el diablo se ríe
y Dios va a llorar.*

Se cantaba. Sí las había chicazos (marimachos) que jugaban y tiraban piedras como los chicos, y los chicos (marichicas) que jugaban con ellas a tabas y cromos, pero no era lo corriente ni mucho menos. Recuerdo que en mi barrio (un acotado de la calle Mayor) había una chica llamada Modesta Donamaría, que tiraba piedras y silbaba mejor que un cabrero. Esta chicaza riñó un día con mi amigo Pablo Bretón y éste le debió dar una pedrada. El caso es que fue a confesar él (como todos los sábados) y confesó al cura:

—Que he faltado a la Modesta...

El sacerdote entendió que había faltado a la modestia y le preguntó:

—¿Qué hiciste...?

Y mi amigo, muy compungido y con dolor de atrición, se acusó:

—Que le tiré piedras...

Nuestras confesiones eran pura rutina, lo hacíamos por mandato imperativo de las madres:

—Fulano, venga, a confesar.

Y lo hacíamos mientras se rezaba el rosario en la parroquia. Era un incesante ir y venir de chicos y chicas a los dos confesionarios. Luego, entre los amigos nos lo contábamos

todo. “Me he confesau que he dicho mentiras. Que he dicho mecá y sanpé”. Pero omitíamos al confesor la verdadera materia de la confesión: nuestras desobediencias en casa, las injurias que les hacíamos a las lagartijas (sogandillas en villavés), las judiadas a los nidos de los pájaros, las pedradas a los pobres perros, sobre todo cuando estaban “encolados”, y cuando no lo estaban. ¡Que hay dos perros encolaus! Hala, todos contra ellos a pedradas. No nos dábamos cuenta de que eran macho y hembra, que no teníamos ni idea de lo que hacían, sólo que eran perros y, ¡a por ellos! Nuestras gamberradas carecían de importancia a la hora de confesarlas. Luego venía lo peor: cumplir la penitencia impuesta. Casi siempre siete padrenuestros al patriarca san José, que había que quedarse de rodillas después del rosario, penando y sin devoción, porque los demás chicos ya estaban por la calle.

Retomamos el relato de este apartado. Decíamos que había poca relación entre chicos y chicas. Es más, existía como una inquina sobre todo de unos a unas. Había que gamberrear y entrometerse en sus juegos. Quizá por ello, las entradas, recreos y salidas de las escuelas no coincidían. ¡Cómo iban a coincidir, si los chicos, apenas salíamos al recreo, todos a mear, a la pared de la escuela y de la iglesia! ¡Qué manía de mear a paredes! Además, daba la impresión de que hubiera un concurso de meadas. Algunos ciertamente parecían bomberos.

Va el chiste, el caso del señor Tomás: un crío se puso a orinar sobre el quiosco de la plaza y va un municipal y le dice:

—Oye, muete: ¿no sabes que no se puede pisiar ahí?



*La Vitícola.
Edificio construido en 1912
por la Diputación Foral de Navarra,
fue destinado a Escuela de Peritos Agrícolas en 1914.*

Y el chico, que había retenido la orina, la suelta y le dice:
—Quió, que no se puede mear: míu usté qué chorro...

Escuela de chicos

Ubicada en la Plaza. Hasta cerca de 1930, la única escuela era la de don Lorenzo Goicoa. Casi a finales de los 20 construyeron sobre ella una nueva aula, de la que se haría cargo don Agustín García (esposo de la maestra doña Irene); con lo que el ciento de don Lorenzo se dividió en dos, a cincuenta alumnos cada uno.

Escuela del hogar

En la escuela del hogar de niñas había un equipo de enseñantes mujeres, bajo la dirección de doña Segunda y de su hermana Filomena.

Las clases que se impartían eran de corte y confección, planchado y lo relacionado con ropa femenina. Además, arte culinario y repostería. Las clases eran nocturnas y gratuitas y el alumnado se componía de señoritas que deseaban una preparación para labores domésticas.

La escuela de don Lorenzo Goicoa. Bastaba con decir “la escuela”, pues no había más que una. Ésta estaba en la Plaza Consistorial más o menos donde termina hoy la pista de balonmano o cancha exterior del frontón Atarrabia. Cuando cerraron el colegio de Berrio-Ochoa, de los Domi-

nicos, allá por el año 24, la cincuentena de niños que allí estudiábamos pasamos a engrosar la escuela de don Lorenzo, con lo que sumábamos ciento y pico alumnos (ciento y la madre que decían algunos). ¡La paciencia de aquel bendito hombre! Le sobraban críos por todas partes, pero no rechazó a ninguno. En los pupitres cabían la mitad, los criajos de 6 a 7 años se colocaban en unos bancos bajos al final de los pupitres; los demás formaban lo que llamábamos “secciones”, junto a los encerados laterales y sobre éstos y los mapas se daban las clases de matemáticas y geografía y algo más; sentados en los pupitres se estudiaban las lecciones del día y la lectura de libros de la escuela. Los semicorros de las “secciones” permanecían de pie hasta que otros, de los pupitres, los relevaban. No se pasaba lista porque haría falta invertir más de una hora lectiva. El que estuviera estaba, y el que faltara faltaba, sin echarlo en falta, ¿para qué...? Gozábamos de buena salud, nadie se moría y la plantilla no se clareaba.

Como don Lorenzo no podía ocuparse de todos y de todo, enviaba a algunos alumnos mayores, listillos, para que cuidaran de los pequeños. Y les enseñaban siempre cantando, ya fueran oraciones, catecismo, los ríos, montes y las capitales, como si fueran las tablas de multiplicar (al estilo de Machinet de la Caña). Sumar y restar empleando los dedos de la mano. Aquello funcionaba. La bulla que se armaba allá atrás alcanzaba peligrosos decibelios, pero todos estábamos acostumbrados. Quizá don Lorenzo durmiera multiplicando por siete... Cuando los peques se desmandaban se les traía a mandamiento por el cuidador de turno a base de pellizcos. Estos críos, cuando no cantaban era porque estaban en “tiraflechas, barquitos o los

cinco pollitos”; entonces sí cantaban aquello de: “cinco pollitos tiene mi tía; / uno le canta, otro le pía / y otro le dice tía María”. Quienes no tenían papel se dedicaban a cazar moscas a las que quitaban las alas y las convertían en “saltapericos”. Algunos las convertían en “moscas mensajeras”. Las cazaban, les ataban un hilo fino a una pata y el otro extremo del hilo lo prendían a un pedazo de papel de fumar en el que escribían el mensaje, y, a ver a quién le caía la mosca. Un día, una de estas “mensajeras”, con un hilo de unos 30 centímetros “despegó”. La “pancarta” que portaba decía: “TONTITO EL QUE LO LEA”. El díptero se lio a volar dando pasadas por la escuela, buscando una pista idónea para aterrizar. Los alumnos, todos, pendientes de su vuelo, al que seguían con movimientos de cabeza, como en los partidos de frontón. Tras varias pasadas, el insecto (o la insecta, vaya usted a saber) acertó a divisar la amplia mesa del profesor y, gozosa, allí aterrizó. El maestro vio el aterrizaje y leyó el mensaje. Levantó la vista, la pasó por el aula, carraspeó y, como dirigiendo la mirada y la voz al anónimo transmisor del “moscomensaje” lanzó su habitual epíteto: tío zoquete, zángano, tío pelele.

Este don Lorenzo hacía sus pasadas por la clase, por los pupitres, a ver qué se cocía por allí, por las secciones, por los chiquillos. Su paseo lo hacía enseñando y se le hacían las consultas. Cuando tomaba las lecciones del día, si alguno no se la sabía, le tomaba con sus fuertes dedos los tendones por debajo de la rodilla, apretaba haciendo pinza, y mientras profería la consabida frase: “tío zoquete...”, etc. El alumno profería desaforados gritos (era su defensa...) hasta que se sentía libre de aquella tenaza. Otras veces acompañaba al

maestro una hermosa regla graduada y, al holgazán, le decía: “¡mano!”; éste ofrecía su palma (del martirio) y don Lorenzo arreaba sobre ella un reglazo que, al instante, la mano se ponía roja como un sabañón.

Algunos de los grandones que ponía el maestro para cuidar las secciones tenían cierta mala uva y pellizcaban a sus condiscípulos y les pegaban con un puntero que, además de servir para apuntar, se utilizaba para hurgar sobre las leñas de la estufa. El agredido se defendía gritando: “están pegando con la vara de hacer chichones...”.

Para las necesidades fisiológicas había que pedir permiso. Para “echar aguas” o para “hacer de cuerpo”. Se hacía un desfile hacia la mesa del profesor y de ésta a los retretes. Hasta que, ante tanto meón y cagón, don Lorenzo se incomodaba, y solía decir: “tripas corrompidas, que dan asco, no sé qué coméis”. Al llegar a este punto se acabaron los permisos, ni para “pis” ni para “pos”. Todos dejaban “las aguas” para el recreo o para la salida de clase; y ya fuera, se competía a ver quién meaba más alto, medida sobre alguna de las paredes de la escuela, del templo parroquial o de la trasera del Ayuntamiento. En este menester se empleaban, naturalmente, las “mangas de riego” de cada cual; los “rabinos” les llamaba yo, pues esos rabos decían las madres que toquitearlos era cosa de judíos.

El buenazo de don Lorenzo se pasaba diariamente un montón de horas entre gritos horrísonos, pues se estudiaba en voz alta, se reñía a lo gallito, había insultos y protestas; y a cada paso los chivatillos y los quejicas, a voz en cuello, decían: “me están pegando”. “Fulano me está haciendo burla”. “Sí, y tú a mí qué...” gritaba el otro. “Mengano me está sacando la len-

gua". "Zutano me está llamando tonto...". "Tal, me ha roto el pizarrín". Al acusar se levantaban, hacían la acusación y prestamente se volvían a sentar. O sea, "botipronto". Hasta que un canalla se levantaba y haciendo pinza con los dedos sobre las aletas de su nariz, acusaba con sonido rino-gutural: "que se han echau un peo". Carcajada general. Don Lorenzo estaba en lo suyo, pero ante las risotadas, salió de sus casillas y acalló los gritos de aquella selva tropical con su voz autoritaria: "silencio". Y silencio sepulcral. El alumnado volvía a sus tareas escolares.

Este relato trata de las cosicas un tanto cómicas que ocurren en todas las escuelas y colegios. La escuela de nuestro don Lorenzo y de tantas generaciones era "la escuela de la alegría" y del bien saber. Don Lorenzo era un "tiazó" en lo de enseñar. Y como un padrazo para los niños. Era muy respetado por grandes y por pequeños. Cuando los alumnos cumplían trece años, don Lorenzo los preparaba concienzudamente y se preocupaba para darles una colocación en las industrias de la villa y aun en los comercios de Pamplona que se lo solicitaban. Ninguno de sus alumnos quedaba desamparado.

Gran maestro, gran persona, enormemente humano y gran cristiano nuestro querido don Lorenzo. Era único.

Es para mí un deber de gratitud hacer una semblanza de mi querido y gran maestro, don Lorenzo Goicoa, siquiera fuera por amortiguar mi desagradecimiento hacia él en tiempos de mi escolaridad. Ya, de mayor, iba a visitarle a su casa, en su ancianidad, mostrándole mi agradecimiento, mi respeto y mi cariño.

¿Quién era don Lorenzo? Para mí un hombre de cuerpo entero y un cristiano desde la fe de San Pablo y de las obras de Santiago (fe con obras).

Padre de ocho hijos (uno sacerdote, don Félix), todos como calcados de su padre, con una esposa fiel reflejo de la mujer bíblica.

Un hombre austero, cabal, veraz, nada acorde con su apellido (en alto, yo), de vocación integral como educador y como hombre religioso, amante de los niños a su cuidado, tanto en la escuela como en el templo, a los que vigilaba desde su sitio reservado.

Dirijo mi mirada al cielo y le ruego nos tenga presentes a cuantos chicos pasamos por sus manos y por su corazón.

Historia de una calva. De momento llamábamos “calva” en Villava a faltar a clase en la escuela sin el correspondiente permiso de padres y maestros.

Una mañana de octubre, en el recreo, nos dijo Berrueta a cuatro compañeros que tenía un cartucho de caza que se lo había robado a su padre. Ávidos de emociones concertamos una “calva” para la tarde.

Poco antes de las tres (hora de entrada a la escuela de la plaza, que no había otra) nos reunimos los cinco calvistas en el recinto de la noria de Olaso (hasta hace poco serrería de Bretón), en donde esperamos a que el reloj de la vieja torre diera las tres campanadas de nuestra libertad.

Iniciamos nuestra aventura con un itinerario clandestino. Cruzamos el breve Ulzama por la presa de Beltza y salimos al camino de Martiket por las eras de Vidaurreta (hoy piscinas municipales), y por la ollería, entonces activa, volvimos a pasar el mismo río por el viejo y deteriorado puente de piedra y madera de la Trinidad. Subimos por el espolón del ventorrillo hasta el espinazo del monte Ezkaba, y, en el rella-

no al pie del “culico de la gallina”, hicimos “asamblea” en la que determinamos la forma de explosionar el, para nosotros, tremendo explosivo que suponía el cartucho de caza del 12.

Cortamos “ollagas” y bojes, y fuimos haciendo una pira. Sobre su centro geométrico colocamos el cartucho. Berrueta, que era el más lanzado de los cinco, se había aprovisionado previamente de mixtos (cerillas) y de un periódico. Él mismo, ante los asustados rostros expectantes del grupo, prendió un mixto y con éste el periódico que, bien encendido, metió a ras de suelo bajo el montón de ramaje.

En el quinteto había tembleques de piernas temiendo la horrrisóna explosión que se iba a producir, mas aguantamos hasta que el pirómano Berrueta, seguro de que todo estaba en orden, lanzó el grito de ¡el último, la cola del burro muerto! Al efecto mágico de esta frase, equivalente para mí al ¡sálvese quien pueda!, salimos de estampida, batiendo piernas, monte abajo, “como alma que lleva el diablo”. Mientras corríamos, con los pelos erizados, a mí me zumbaba el cráneo esperando escuchar en cada segundo la terrible explosión, y corríamos, todos, como locos, para ponernos a buen recaudo en el monte de enfrente, el Miravalles, de Huarte, pues sentíamos inmenso temor de que los vecinos del “Barrio de Triana” (desde casa de Vidaurreta hasta la Trinidad), y la misma guardia civil, sita en este barrio, al oír el tremendo ruido saliesen a puertas y ventanas y nos descubriesen y delataran. ¡Terrible trance...!

En unas cuantas zancadas, con el cerebro zumbando de pánico, atravesamos el puente y nos guarecimos sobre el monte bajo del Miravalles, a esperar acontecimientos. Nada falló, pero no se produjo ruido alguno, ni grande ni pequeño, ni

hubo la menor alarma, ni ná de ná... ¡Qué descanso, Dios mío!... Desde nuestro refugio escuchamos una campana desde la pobre torre de ladrillo amarillo de la de San Andrés. Supusimos que sería la media de las cinco. Como a las seis terminaba la escuela, iniciamos la marcha de aproximación y nos fuimos a Errondoa en donde estuvimos cogiendo y comiendo nueces de un ubérrimo nogal del señor Segundo Aldunate. Desde allí escuchamos desolados las cinco campanadas, eterna tarde, que se repitieron, para que no hubiese duda, en el reloj municipal de la iglesia, cuya esfera daba a la calle Mayor.

Y, a esperar... La tarde gris, plomiza, de nubarrones preñados de aguaceros, iba cayendo. Jugamos a los bolos (canicas). Nos sorprendió Victoriano “el Curtidor”, que salía de su gallinero para verter una carretilla de “ciemo”, pero no debió conocernos, pues usaba lentes de culo de vaso y, además, todo hay que decirlo, era la mejor persona de Villava, nada “contulero”, palabra ésta de nuestro argot infantil villavés, equivalente hoy a chivato.

Volvimos a nuestra base de partida, o sea, a la noria de Olaso, desde la que esperamos la algazara de mocés y moceñas al salir, en una eclosión de júbilo, a la libertad. Oscurecía (no había adelanto horario) cuando las dos escuelas de la plaza “vomitaron” dos legiones de chicos y chicas sobre dicha plaza. Nos incorporamos a la grey. Algunos nos miraban como héroes. De allí a por la merienda y luego a la función del rosario, de las monjas, de las que era monaguillo.

No pasó nada más en este día digno de mención (como en los partes de guerra). Por la noche, ya en la cama y enfrenteado a mi conciencia, me sentía triste al repasar, in mente, la

aventura de la tarde. Realmente no mereció la pena realizar una “calva” tan estúpida. Me prometí a mí mismo no reincidir.

Y menos mal que don Lorenzo Goicoa no se aperció de nuestra falta a clase. Cómo iba a darse cuenta si éramos “ciento y la madre”, en expresión vulgar, equivalente a que éramos unos cien alumnos, más bien más que menos, todos para aquel buenazo de don Lorenzo.

¡Qué tiempos...!

Lecturas. Afición a leer, no había otro remedio; sin radio ni televisión, por las noches, sobre todo en las de los largos inviernos, se leía al amor del fuego del hogar: los mayores el periódico o novelas; y los chicos y chicas, “tebeos”, Dick Turpin, Búfalo Bill, Rin Tin Tin y otras por entregas; también las de bandidos generosos, como José M^a el Tempranillo, el Pernal y algún otro, bandidos éstos que robaban a los ricos y lo daban a los pobres (¿?).

En Navarra se publicaban los siguientes periódicos-diarios: El Pensamiento Navarro (jaimista), Diario de Navarra (independiente) el de mayor tirada, La Voz de Navarra (nacionalista napartarra) y El Pueblo Navarro (republicano). El Pensamiento, La Voz y El Pueblo sufrieron las tarascadas de la Dictadura, suspensiones y sanciones; es decir, salían amordazados. En cada periódico era obligatorio imprimir en primera página “ESTE NÚMERO HA SIDO SOMETIDO A LA CENSURA”. Si algo no gustaba al Poncio (gobernador), lo tachaba y el espacio quedaba en blanco con la palabra CENSURADO. No se podían publicar artículos de opinión política. También se publicaba los domingos un semanal de la juventud jaimista, sometido, claro, a la censura. Este semanario se titulaba “RADICA”.



Don Lorenzo Goicoa "el maestro", con los niños de la escuela.

VII

Actividades deportivas

Fútbol

El campo de fútbol de Villava se encontraba en las llamadas eras grandes ubicadas en la actual calle de la Virgen del Rosario y las casas de ambos lados.

Unión Club Villavés. El primer equipo de fútbol que yo conocí allá por los años 1920 ó 1921, fue el Unión Club Villavés. Parece ser que con anterioridad hubo otros equipos, como por ejemplo “La Amistad” y que optaron por unirse todos formando este buen Club que duró unos cuantos años. Crearon afición y proporcionaron magníficas tardes de fútbol (después de las “vésperas” de la parroquia) en competiciones con equipos de Pamplona, principalmente. Lo componían elementos majísimos muy activos en Villava, reforzados por algunos muchachos de Burlada. De Villava, recuerdo a: Martiniano Irigoyen “Porrón” (genial portero), José Domench, Felipe Posadas, los hermanos Azagra, los también hermanos Del Villar, Jacinto Meca, Zacarías Ecay (magnífico defensa), José María Zubiri, Alfredo Mar-



*Alineación del equipo de fútbol “El Rayo”
en el campo de las eras:*

Portero: (1) *Jesús Suescun*.

Defensas: (2) *Pedro Olóriz*, (3) *Ignacio Villanueva*.

Medios: (4) *Francisco Ilundáin*, (5) *Andrés Oteiza*,
(6) *Félix Zudaire “Pachín”*.

Delanteros: (7) *Felipe Nuin*, (8) *Antonio Olóriz “Taco”*,
(9) *Marce Olóriz*, (10) *Mariano Erice*, (11) *Blas Noáin*.

tínez, algún Izco (Periquín o Bonifacio, o los dos), hermanos Echániz (panaderos, frente a la plaza), Nicolás Ibarra, Leonardo Oficialdegui, Vicente Olóriz, Juan Orayen, Macario Tohane (el seminarista), Aniceto Olóriz...

Éstos del Villavés, además del fútbol, tenían otras actividades deportivas, tales como organizar carreras ciclistas y pedestres, partidos de pelota y hasta colaborar muy activamente en las fiestas de Villava para regocijo de niños y mayores. En aquellos tiempos tan parcos en divertimentos, el Villavés supuso un gran bien para los villaveses.

Al Unión Club Villavés, le sucedieron otros equipos, pues siempre Villava tuvo afición futbolera. Creo recordar el equipo de “La Manta” jugando en las eras hasta 1930. De sus componentes puedo citar a José Oteiza (portero), Manolo Meca, Ángel Goñi, Luciano Nuin, Andrés Oteiza, y quizás a Jaime Ibarra y Andrés Olóriz.

Surgió un nuevo equipo que eligió también el nombre de “El Villavés”, de vida efímera. Fue a caballo de finales de los 20 y comienzo de los 30. Por una fotografía que tengo vista de este “once” conozco alguno de sus componentes: Félix Garro, José María Paternáin, Julián Vergara y Santiago Sancho (portero). A este equipo le siguieron “El Rayo” y el “A.D.T.”, excelentes conjuntos.

Pelota

Villava fue desde antiguo muy pelotazale. Desde mis recuerdos a partir del año 1920, se jugaba a pelota y mucho

en el rebote, que así se llamaba el frontón situado detrás de las casas impares de la calle Fermín Tirapu y de la calle Santo Domingo. Tenía pared izquierda, el frontis era de ladrillo rojo, el suelo de cemento. La pared izquierda, por otro lado servía para otro frontón con cancha de cemento y sin pared izquierda; en este frontón se jugaba al “punto” y en las mañanas y tardes de domingos y festivos, a las “chapas”, juego de dos monedas lanzadas al aire y apostando a cara o cruz, antes de caer al suelo.

El rebote era muy utilizado y disponía de asientos cerca de la contracancha, bajo unos plátanos que cobijaban a los espectadores. Siempre tuvo Villava buenos pelotaris, en mano y herramienta.

En mano. Justo Larreta (el herrero), que tenía su taller y fragua justo en lo que era hasta hace poco el patio del bar Sancho; Jacinto Meca, Eusebio Garayoa (el loco), Eugenio Ollo. Estos cuatro inauguraron el actual Atarrabia, en 1931, nombre que se dio en atención al topónimo término municipal de la villa. A los citados hay que añadir la entonces joven promesa Feliciano Tohane y alguno más que omito involuntariamente. Más tarde fueron saliendo otros pelotaris al socaire del nuevo frontón.

Pala y paleta. Los Meca, Pablito Esparza y otros; Tomás Orrio, Andrés Oteiza... y se me va la memoria.

Remonte profesional. Teodoro Arbeloa, de la plantilla del Euskal Jai, y su hermano Gerardo, de la escuela de este frontón, que ya empezó sus pinitos en la década de los 30.

Ciclismo

En este deporte destacó notablemente Villava sobre Navarra. Hubo muy buenos txirrindularis, a saber: los tres hermanos Meca ¡siempre los Meca!, Pascasio, Jacinto y Manolo, que lo mismo corrían –y ganaban– en velocidad, como en lentitud. A destacar de estos tres a Jacinto y sus genialidades. Yo recuerdo cómo, un año, en el Circuito de Pascuas sobre el cinturón de Pamplona, al pasar por “La Cadena” Jacinto iba el primero con una notable ventaja y se apeó de la bicicleta al llegar a su casa del Barrio Nuevo, subiendo a la misma para almorzar; después alcanzó al pelotón y tengo idea de que ganó la carrera.

También tuvimos a Miguel Osacáin, Santiago y Antonio Sancho y llegados de Larrasoaña, los “Canarias”, que se afincaron en Villava en donde establecieron un taller de bicicletas.

Montaña

En el bajo de la casa de los Azagra, calle Mayor, 49, tenía su sede el club “Peña Mendi Gizonak” (peña de los hombres del monte). En esta peña se integraban elementos del Club Ciclista Villavés y otros no futboleros amigos del monte, amén de otros foráneos tan allegados a Villava en lo deportivo.



Eugenio Ollo, Jacinto Meca, Eusebio Garayoa y Justo Larreta; jugaron el partido inaugural del Frontón Atarrabia, en 1931.

*Cuatro históricos pelotaris forjados
en el “Rebote”, derruido un año antes.*

VIII

Las fiestas patronales

Víspera sin cohete

No había chupinazo a las 12. Ni tampoco, por supuesto, harina, huevos ni porquerías con que se embadurnan ahora cabezas, rostros y vestidos los chicos y chicas. ¡Vaya porquería sin la menor gracia!

A las seis de la tarde del sábado comenzaban, oficialmente, las fiestas en honor de la Virgen del Rosario. Se disparaban los primeros cohetes. A esa hora se dejaban las labores en Onena y en otras industrias y salían los trabajadores y trabajadoras con cara de fiestas, pues eran, nada menos que tres, los días festivos, a saber: domingo, lunes y martes. Téngase en cuenta que entonces no había eso de vacaciones laborales y la mayor vacación era esos dos días magníficos, lunes y martes de fiestas. A dicha hora salía la música a recorrer las calles de la villa que prácticamente eran dos: la Mayor y la de don Fermín Tirapu. Con los alegres pasacalles se llenaba el aire de gozo. Toda la chiquillería y mocina se agarraban en grupos y danzaban delante y detrás de los músicos; y las gentes salían a ventanas y balcones a contemplar el espec-

táculo. A la entrada de la Casa Consistorial se repartían los programas de las fiestas.

La tienda de Hijos de Pablo Esparza se llenaba de clientes, principalmente mujeres, que hacían acopio de vinos y licores, elementos indispensables para el jolgorio. En el estanco, también se hacía una venta extraordinaria de puros Farias.

A las siete de la tarde (ya noche) todos a la SALVE REGINA, MAGNA de don Hilarión Eslava, de Burlada (1807-1878). El Ayuntamiento en corporación y otras autoridades. Arriba el coro de cantores reforzado, y algún solista, normalmente el tenor Olaz. El órgano en acción y violines en manos de los hermanos Oficialdegui: Leonardo y Juanito.

Me parece que transcurría el año de 1922. En los primeros días de octubre de este año, actuó en el teatro Gayarre de Pamplona, la muy acreditada compañía de ópera de Lauri Volpi, que puso en tablas tres óperas.

En esta compañía actuaba un barítono con aprobado en la Scala de Milán, llamado Francisco Izal, hermano de mi padre, ambos de Corella.

Dio la casualidad de que estas representaciones coincidieron con las fiestas patronales de Villava. Mi padre rogó a su hermano para que cantara la Salve con el coro de la parroquia, a lo que mi tío accedió. Después de cantar la Salve con los cantores del coro, obsequió a la Virgen y a los villaveses con el Ave María de Gounod.

Yo tendría a la sazón, ocho años, y, como la cosa iba con el buen orgullo de la familia, me hizo ilusión subir al coro

con mi hermano Jaime para ver y oír, tan cerca, al tío Francisco. ¡Vaya qué bien nos sentimos al ver cómo felicitaban a nuestro tío allá en el coro y luego en la calle!

Mi tío, con su esposa, Ida Vivaldi y su hija Alma, ambas italianas, vinieron desde Pamplona en “coche de punto”, tirado por caballos, que en aquel entonces, todavía, no existían los taxis a motor.

Los tíos y la prima cenaron en nuestra casa, Mayor, 67, y volvieron a Pamplona seguidamente, como habían venido, pues nuestro barítono tenía que cantar en la ópera Carmen como primera figura.

Como este tío mío siempre andaba por el mundo, con su compañía, y en contadísimas ocasiones actuaron por España, no fue muy conocido en su tierra.

Por la noche, música de baile en la plaza y quema de fuegos artificiales. Y ya aparecían las cuadrillas de mozos con camisas de colores cada cuadrilla o peña; también las blusas negras, prenda muy de aquel tiempo de los hombres mayores. Pero que en las fiestas las vestían muchos jóvenes.

Domingo

A las ocho, alegres dianas por la villa, bien acompañadas, y pocos los durmientes a esa hora. A las once, solemne misa en la parroquia con predicador especial, presidida por la Corporación municipal, siendo acompañada, desde la puerta del Ayuntamiento hasta la puerta del templo, por la música y los ruidos de los cohetes que espantaban a los vencejos.

Seguidamente de la misa, la procesión con la Virgen del Rosario, llevada en andas por los quintos del año y acompañada por el clero, autoridades y la mayor parte del pueblo. Casi la totalidad de las casas de la villa, así como el Círculo, el Centro y el Ayuntamiento, adornadas con colgaduras que permanecían durante todo el día. Después de la procesión, concierto musical en la plaza. Por la tarde, música de baile en la plaza. Las calles se llenaban de gentes vecinas, sobre todo de Pamplona, para participar del ambiente festivo, bastantes para hacer visita a la Virgen y no faltaban los que venían a merendar los sabrosos rellenos de Casa Sancho. Por cierto que dichos rellenos se hacían artesanalmente en muchas casas de la villa. Y sigue esta costumbre. Por la noche quema de fuegos artificiales en la misma plaza en los que aparecía un lienzo enrollado de la Virgen del Rosario que se desplegaba y se aplaudía. La mocina bailaba bajo los surtidores de fuego que se desprendían de las ruedas de artificio, algunos con paraguas por si acaso las chispas. La música ya estaba presente en la plaza hasta la una o una y media, pero seguía la animación hasta las tantas y, para algunos mozos, hasta las dianas; las mozas, todavía y en muchísimo tiempo, no tenían concedidas estas libertades...

Aquí quiero hacer constar que el Ayuntamiento se gastaba buenos dineros en música, el bocado mayor con mucho del presupuesto. Yo recuerdo ver en fiestas, durante algunos años, a la banda La Pamplonesa al completo y a la banda del Regimiento de Infantería de Pamplona, de uniforme, ambas al menos por las mañanas y reducidas por la tarde y por la noche. Pero la que más cuajó fue, durante la

segunda parte de la década, la banda de música de Murchante, y aún se metió por la de los años 30. Esta banda la dirigía don Bernardino González (creo que era maestro de Murchante) y compuesta por, como una veintena, casi todos de azada y mulas; todos muy majos que se granjearon la simpatía de los villaveses. Este director escribió una letrilla para un pasacalles. Se copiaba a mano y lápiz, y se cantaba por grandes y chicos en los paseos de la música por el vecindario. Recuerdo el final de la copla:

*Estos mozos de Villava
son como acero especial,
incansables en sus fiestas.
¡Aúpa!,
noche y día sin cesar,
chin pún.*

Lunes

Dianas. Carrera pedestre para villaveses. En la plaza, carrera de sacos. Juegos para los chicos: cucañas, rotura de vasijas aéreas con ojos vendados y sorpresas de premios y agua, tiznado de sartenes para lograr la peseta pegada con las manos atadas, bombas japonesas y varios más. Entretanto la música por las calles rondando los mozos a las mozas, quienes animosamente bajaban a la calle con bandejas de chorizo, queso, pastas y licores. Resultaba una mañana muy maja, de las que hacen amistades.

Por la tarde, partido de pelota en el rebote con presencia de autoridades civiles y religiosas en un espacio reservado de asientos, y mucho público. No había apuestas pues se trataba de pelotaris no profesionales. Mano parejas, por ejemplo: Lasa de Betelu y Andueza de Pamplona, contra los villaveses Meca y Garayoa.

Pasacalles por las calles y baile en la plaza, fuegos artificiales y baile por la noche.

Martes

Éste era el día más festivo de las fiestas mañaneras. Lo mejor, la llegada de “Pinocho”. Los mozos del Unión Club Villavés se superaban con la fiesta del “Pinocho”. Lo relato: el burro del carnicero Paco Olóriz, lo uncían al carro del mismo, ambos, burro y carro, bien ornamentados. Sobre el carro, montado en una butaca, Florentino Vidart, un solterón, trabajador de Onena, un hombre tranquilo que en todo el año pasaba desapercibido. Este martes de fiestas se salía de sus casillas y se entregaba a la voluntad de los mozos del Villavés.

Bien almorzados y bien chupados, la caravana se ponía en marcha de aquesta guisa. Un heraldo provisto de trompeta abría la marcha, tras él, los organizadores, delante y detrás del carro, con mucha bullanga; un bombardino acompañando el estribillo sin sustancia y reiterativo que se cantaba alborotadamente:

*Pinocho por aquí,
Pinocho por allá;
Pinocho por aquí,
Pinocho por allá...*

Repetido intermitentemente. Todos los críos de Villava, y no tan críos, metidos en el jolgorio, y las aceras a rebotar de gente, ventanas y balcones plenos de mirones, todos metidos en el fandango. En cada parada del cortejo, hecho el silencio, Pinocho se encaraba con la multitud y gritaba:

—¿Quién soy yo?
Y un vocerío contestaba:
—Pinocho.
—¿A qué he venido aquí?
—A tirar chochos.
—Y ¿si no tengo para comer?

—¡Que beba vino!
Y caía una tromba de peladillas y caramelos para todos. Y proseguía la marcha:

*Pinocho por aquí,
Pinocho por allá...*

En cada parada, trago de la bota para Pinocho y tragos para todos, de las varias botas de la comitiva.



*Florentino Vidart, el “mayordomo”
de las fiestas patronales,
con el porrón (cuartillo) a su lado,
sentado a la sombra de la Trinidad,
frente al “Ventorrillo”.*

De La Cadena a la Trinidad, ya estaba bien... Al llegar a este lugar, Pinocho ya no era Pinocho ni Florentino Vildart. Tartamudeaba y casi no podía:

—¿Quién soy yo?...

Entonces se acababa el correcales de Pinocho. A éste se lo llevaban a la chita callando, a casa de la señora Generosa (su casa detrás del Círculo) que era su patrona.

Para terminar se cantaba aquello de:

*Qué pedo tienes, Calatayú,
qué pedo tienes, Calatayú,
si lo has cogido,
p'a tú, p'a tú.*

Y todos a la plaza, que allí estaban, sopla que sopla, los de Murchante.

Por la tarde, partidos de pelota con parejas combinadas, como el día anterior.

En la plaza estaban las atracciones: barcas y caballicos, casetas de tiro pichón, de chucherías, heladero, barquillero y churrería. Todo esto ocupando parte de la pared de la huerta de Olaso, junto al matadero, y en donde hoy está ubicado el frontón Atarrabia.

No había pipotes. Entonces los amigos de cada cuadrilla merendaban o cenaban en las casas de ellos mismos. Así se fortalecían las amistades y también con las hermanas y primas de los amigos. Todo quedaba en casa y todo era muy villavés.

Miércoles

Todos a trabajar, algunos/as desde las seis de la mañana. Sólo quedaba de las fiestas la música y algunos cohetes.

La música de este día la pagaban los mozos, y los quintos se encargaban de todo, también de cobrar a cada uno lo estipulado, según presupuesto. Ese día los quintos hacían fiesta consentida.

A las doce del mediodía la música iba a las puertas de Onena, a recibir a las mozas que salían para comer. Unos bailes breves y a correr, que a la una y media tocaba el “tuto” y había que currar por la tarde. Tarde y noche pasacalles y baile en la plaza.

Domingo siguiente

Los bares, los barraqueros y las sociedades pagaban el gaitero y el tamborilero. Tocaban por la calle Mayor el con-sabido:

*...que el buey roisco,
mañana,
tiene que ir a maquiniar.*

Tarde y noche, baile en la plaza, y “san-se-acabó”.
No había “pobre de mí”.



La Virgen del Rosario, en procesión (1930).

*Portador bandera Ayuntamiento: Antonio Elcano;
de frente, a la derecha, Alejandro Ilzarbe;
a la izquierda, Eulalio Olo.*

*Testigos mudos, los raíles del tranvía “El Irati” por la calle
Nueva (en la actualidad Avda. de D. Serapio Huici),
recorrido inicial desde 1911 hasta 1940 en que se construyó
la nueva variante por la calle D. Fermín Tirapu.*

IX

El verano, el invierno y varios divertimentos

La plaza Consistorial

La plaza era el centro neurálgico de Villava, un polígono cerrado: a la derecha la pared de la huerta de Olaso; por detrás del matadero una tapia que daba al camino-carretera denominado “debajo Tarrabía”; por la izquierda un muro paralelo al de la huerta de Ribed entre los que había una calle o callejón por el que se descendía al río; y por la calle Mayor se cerraba con los paredones que, además de cierre, servía de bancos para el vecindario y para jugar a los cromos y a las tabas, las muchachas.

Dentro de la plaza los edificios del Ayuntamiento y un almacén del mismo para guardar trastos y enseres municipales, la escuela de niños de una planta, y, detrás, el matadero.

Una plaza muy bonita con grandes espacios para jugar los chicos, había una plantación de acacias, unas cincuenta, plantadas por los escolares y que eran como posesión del plantador. Esto fue a últimos de la década anterior en una “fiesta del árbol”.

En un primer lugar existía un gran espacio sin árboles apto para jugar al fútbol, casi siempre con pequeñas pelotas de goma. Este espacio, a la caída del sol, servía para jugar al “marro”, magnífico juego sin limitación de jugadores. ¡Vaya si se hacía deporte en aquellos tiempos!

En esta plaza se celebraban comedias y espectáculos de variedades, también algún pequeño circo. Cuando había alguna de estas atracciones, por la tarde los comediantes recorrían el pueblo anunciando la función de la noche. Llegada ésta se hacía un gran corro de público. Algunos (más algunas) llevaban sillas y bancos y todos los demás de pie. El alumbrado se hacía por luces a base de carburo. Era una alegría para el pueblo contemplar a los funambulistas y una buena ocasión para trasnochar y relacionarse las gentes de la villa.

Los hombres y los mozos tenían su entretenimiento en el Centro y en el Círculo en donde se jugaba a cartas, principalmente al mus y también al truco, juego ya en desuso, una pena. En este juego las cartas principales eran, por este orden, el cinquillo (cinco de oros), el pericón (caballo de bastos) y la perica (sota de oros). Por lo general se apostaba por las consumiciones, no por dinero; los mocicos sí se jugaban las perras. También en el buen tiempo, se jugaba a bochas. En la contrapared izquierda del frontón, que también era rebote, se jugaba, los domingos, desde bien temprano hasta la entrada de la noche, a las “chapas”. Este juego se hallaba prohibido y perseguido, mas los que ponían las chapas y cobraban “el barato”, disponían de dos vigilantes y, si llegaban los guardias, gritaban “agua, agua”;

entonces se levantaba el corro y a esperar que pasara el peligro. También era prohibido el juego de la “carteta”, con cartas, que se jugaba en el pequeño prado próximo a la rueda del Mauro, a orillas del río. Lo mismo que en el de “chapas”, ponían centinelas. Cosa curiosa: en el Círculo, sólo por fiestas, se jugaba al “mus ilustrado” con diez jugadores por mesa; se realizaba el juego junto al escenario, que quedaba reservado. En estos tres juegos se ventilaba bastante dinero.

Las mujeres también jugaban en las casas, en las entradas y aún en las calles poniendo mesitas y bancos bajos. Había bastante afición. Sus juegos eran brisca y porrazo, con pequeñas apuestas. Era mucho lo que disfrutaban. Sólo domingos y festivos.

Los chicos jugábamos a todo lo que se presentara: cartas y juegos de calle. Al marro, policías y bandidos, al chiribís (un palo largo que golpeaba a otro de unos 12 cm con dos afiladas puntas que lo hacían saltar), al chis (un carrete al que se le ponían encima las monedas y había que derribarlo lanzándole a cierta distancia una moneda de 10 céntimos), al hínque (clavar unos palos de punta sobre tierra blanda y tratar de derribar los palos de los contrarios). Bueno, y tantos más que sería prolijo enumerarlos. Fútbol y pelota, por supuesto uno y otra en la plaza y en la calle, a pelota en cualquier fachada de las casas y al fútbol en plena carretera.

Las chicas, las mayores, corrían el diábolo, jugaban a cromos, a tabas y, sobre todo, a saltar a la cuerda:

*El cocherito,
leré,
me dijo anoche,
leré,
que si quería,
leré,
montar en coche,
leré...*

Y las pequeñas, también ejecutaban tales juegos, sin embargo, sus preferencias eran las muñecas y jugar a tienditas, a médicos y enfermeras y a mamás.

También se hacían juegos mixtos, chicos y chicas: al vale, al pote-pote y otros. Pero el que más se practicaba era el juego de “la semana”. Se jugaba sobre las aceras, como cancha, marcando sobre las losas los siete días de la semana (ver croquis).

JUEVES (descanso)	
VIERNES	MIÉRCOLES
SÁBADO	MARTES
DOMINGO	LUNES

Se arrojaba una piedra (china) lisa sobre el lunes y, a la pata coja “al chingue”, se saltaba sobre la china y, con el pie, se la iba empujando sobre el rectángulo del día siguiente, sin pisar la raya, la piedra, ni el pie, y así se recorrían los siete días, haciendo parada en el jueves, que se denominaba descanso, en el que se apoyaban los dos pies.

A propósito de este juego: estando yo en África del Norte (Marruecos), mi compañía de la Mehal-la Jalifiana guarnecía la frontera de Tánger por la línea divisoria de la sierra de Ain El Guenén (fuente de las ovejas); y, cerca ya de la cumbre, existía un poblado montañés, Ain El Aonsar. Al pasar por él me sorprendió ver a dos morillas y un morillo, con sus chilabicas, jugando ¡a la semana! Sobre el suelo de tierra tenían grabados los días de la semana, como en Villava. Paré el caballo, queriendo observarlos, y ellos dejaron de jugar dejando un espacio para que yo pasara. En mi árabe macarrónico me las arreglé para hacerles saber que así mismo (Kif Kif) jugaban los chicos y chicas en mi pueblo. Rogándoles que continuaran; y, un tanto cohibidos siguieron: al yumá, al telata, al arbaa, al jemís y aquí descanso (rhaha), así los días de la semana. Estuve mirando, entusiasmado al poder comprobar el adagio latino que dice: “*nihil novum sub sole*” (no hay nada nuevo bajo el sol).

Algunas veces mis nietos me han llegado a preguntar que cómo podíamos divertirnos de chicos si no teníamos ni radio, ni tele, ni bicis, ni balones, ni patines, ni siquiera juguetes. Yo les contestaba que mucho mejor que en estos tiempos en los que les sobra de casi todo y no saben qué hacer con tanto. Que, en nuestros días, no parábamos de jugar y de correr y que llegábamos a la cama rendidos de cansancio. No sé si se lo creían...

Antes de terminar este apartado voy a decir cómo se echaba a suertes al jugador que tenía que quedar marginado, hasta que él mismo atrapara a otro jugador que le rele-

vara de la marginación. Entonces el que dirigía el cotarro pronunciaba solemnemente la siguiente retahíla de palabras absurdas:

*De dion botón,
de la buta butera,
zirrikili fuera,
escanda la vida,
una, dos, tres,
y salida.*

Éste se libraba y así hasta que sólo quedaba uno, que era el que “la paraba”.

El estío

Cuando en junio nos daban las vacaciones a los chavales de Villava, las madres temblaban. No sé por qué todas las madres de entonces temían al río. Casi todas las recomendaciones a los hijos (no a las hijas, que no era necesario) eran: “hijo, no vayas al río”...

Como no había piscinas, ni duchas en las casas, los hijos nos íbamos al río, ¡toma no! Casi nadie teníamos “taparrabos”, que lógicamente, no nos lo iban a comprar. Los mayores sí que lo tenían, algunos, pero los menores, no. Nosotros, los pequeños, para bañarnos en cueros y en agua fresca y limpia había un lugar maravilloso y escondido de las vistas: era el que denominábamos “las paladeras”, que era el

inicio del canal de Esparza que tomaba el agua de la presa de Dorraburu. Allí nos zambullíamos y nos tirábamos de “capucete” desde los paredones. Antes de entrar en el líquido elemento era preciso hacer un hato con el pantalón, la camisa y las alpargatas, calzoncillo quien lo tuviera y calcetines nadie. Este hato se ceñía con la correa del pantalón y se tenía bien a mano por si el guarda... Que este empleado municipal de Huarte era un “hueso” (entonces decíamos que era muy malo) que no dejaba que nadie se bañara en el canal, excepto los seminaristas, por la mañana, que tenían “bula” de los señores Esparza. Previamente al baño se hacía un sorteo para que uno del grupo se estableciera de guardia, a “guipar”, que decíamos en Villava. Éste se situaba estratégicamente y si veía al guarda, de lejos, nos gritaba: el “peta”, el “peta”.

Uno de los días nos apareció el guarda y nos achuchó disparándonos su carabina, con sal, desde donde hoy está ubicado el Hotel Don Carlos, salimos de estampida, como avispas acosadas, oliéndonos el culo a sal, con el hato en la mano. Tal como íbamos no era cosa de tirar por la carretera hacia el Molino, sino que la cruzamos por “Martiket”, campo a través por las piezas que hoy son la finca de Errea, piezas llecas y soto de la chopera, atiborradas de cardos, pero ni los sentíamos en los pies descalzos, tal era el pánico que nos llevaba en volandas, y no teníamos valor para volver la cabeza por miedo a que el guarda, que suponíamos corría tras nosotros, nos soltara una descarga y nos dejara como a la mujer del señor Lot... Jadeando llegamos a la presa de “Beltza”, en el “Bocal”, donde había, como siempre,

mujeres lavando la ropa, las que pensaron que estábamos locos al vernos correr como alma que lleva el diablo, en trajes de recién paridos, sin motivo aparente, pues nadie nos perseguía, ya que el guarda ni siquiera se movió de su atalaya de arriba de Dorraburu. Las plantas de los pies yo las tenía como los paquidermos, me pasé la noche sacando espinas, como la vieja del atracón de sardinas, aunque por distinto sitio...

En el término municipal de Villava no podíamos bañarnos, pues de la Papelera Española vertían al río fibra de madera con el agua sobrante de la fábrica de papel, y dicha fibra se descomponía y había enormes masas putrefactas por el Ulzama, desde la “rueda del Mauro” hasta la confluencia con el Arga. Por esta razón los chicos de Villava se bañaban preferentemente en el dicho Ulzama, desde la Trinidad hasta el “pocico” y el “cascajo”. En la bajadica a la basílica de la Trinidad, el capellán de la misma, don Santiago, tenía puesto un poste con el siguiente letrero:

*SE PROHÍBE BAÑAR EN ESTE LUGAR
SIN TAPARRABOS.*

Como el lugar apetecía, quienes no teníamos taparrabos nos arreglábamos juntando tres “moqueros” prestados por los pocos que tenían tal prenda, los que, hábilmente anudados, entraban en la legalidad impuesta por el clero.

Existían otros problemas para bañarnos. Por ejemplo, el de las “galletas” que se hacían. Hacer “galletas” consistía en “requisar” la ropa del tritón en acción y, mientras éste se tiraba de capucete y nadaba “a lo rana”, “a lo conejo”, “a lo

perro”, “a lo muerto” o “a lo fuentica” (que consistía en llenarse la boca de agua e ir soltándola a chorritos mientras nadaba), se le hacían nudos en las mangas de la camisa, bien mojadas previamente, ¡que los había bien graciosos! Salías del agua tiritando y no te podías poner la camisa porque era de todo punto imposible soltar aquellos condenados nudos, y había que hacer fogata para secar las mangas. Algunos se pasaban y escondían las alpargatas, que era aún más grave, y no te las devolvían hasta pasar los cardos. Por estas razones algunos hacíamos hato con las prendas y, nadando con un brazo y el otro levantado portando el hato, cruzábamos el río y escondíamos la ropa en la orilla opuesta, entre los cañizos del “pocico”, donde no había gente. Seguramente de lances parecidos viene eso de “nadar y guardar la ropa”. Era bueno tener a mano un buen amigo a quien confiar las prendas para su cuidado. Es digno de mencionar que a más de uno le comían la merienda mientras nadaba. Después de los baños merendábamos a la misma orilla del río; unos pan con chocolate y otros pan “con dedo”, pero disimuladamente, para que nadie supiera que entre pan y pan había mucha miga.

Los baños parecían exclusiva de hombres, pero algunas féminas, pocas, se bañaban sin traje de baño... en bata o combinación que, una vez mojadas, señalaban sus atrayentes anatomías... Esto lo hacían en el Arga, casi en la confluencia con el Ulzama, medio ocultas, así, de las vistas de curiosos impertinentes, pues las cubría el arbolado y matorrales de la finca de los señores Esparza que les permitían ocupar aquel lugar.

El invierno

Dicen los viejos del lugar que los inviernos de entonces eran mucho más crudos y duros que los de estos tiempos. Puede que tengan razón, no sé. Sí que llegaba a helarse el Ulzama por cercanías del puente de la Trinidad, y que por aquellas calendas se hacían “churros” (estalactitas) de hielo por el goteo de los tejados; también llegaban a helarse las aguas domésticas en el ánima de los tubos de plomo conductores del agua a las casas con gran quebranto para los caseros y también gran trabajo para los fontaneros que tenían que deshelar a base de soplete para que fluyera el agua. Doy fe de todo ello.

Bueno, pues aquellos inviernos los padecíamos chicos y chicas a base de mal vestidos y peor calzados que íbamos. Los chicos con pantalón corto que dejaba a la intemperie piernas y rodillas, éstas con roña acumulada; camisa (no camiseta), un jersey, un delantal (tipo baby de los de ahora) y una bufanda. Calzados, la mayoría, con alpargatas, que además se mojaban porque aseguraban que duraban más. Las chicas con vestidos tirando a cortos que dejaban las piernas al paio arreboladas de tanto soportar el frío; lo demás, de abrigo, más o menos como los chicos.

Ni en casa ni en las escuelas había calefacción, ni estufas, a lo sumo, en las escuelas, una pobre estufa de leña que calentaba a los afortunados más próximos a ella. Los demás, chicos y chicas, como en la canción gallega: “Una perna tapa otra”.

En tales circunstancias los sabañones campaban a sus anchas por los pies, las manos, las orejas y hasta por la boi-

na... los que la llevaban. Así, muchos y muchas, no tenían otro remedio que meter pies y manos (las orejas no) en un barreño de agua ardiente (ojo, no aguardiente) con abundante sal y de paso se quitaban la roña de las rodillas.

¡Demonios, cómo picaban los condenados!

Supongo que las mujeres mayores no tendrían problemas con el frío, pues, según la canción de moda:

*¡Hay que ver, hay que ver, hay que ver,
las faldas que hace un siglo
llevaba la mujer.*

*Creo yo, creo yo, creo yo,
que bajo esas faldas
cabrían más de dos.*

Bajo ellas podían sentirse calentitas a base de refajos.

Tampoco los hombres pasarían frío: calzoncillos largos de franela y pantalón de pana. Y, los que usaban blusa, podrían meter bajo ella cuantas prendas quisieran. ¡Nos ha “gibau”, así cualquiera!

Menos mal que aquellas buenas madres aliviaban a sus hijos “sabañosos” con la siguiente terapia: los sabañoses se curan ¡con agua de mayo!

Y lo decían, eso sí, con la sonrisa en los labios...



*Coronación de la patrona Virgen del Rosario en 1954.
El honor de madrinazgo recayó en Pilar García Larragueta,
presidenta de la Asociación Hijas de María.*

*Aunque el acto de celebración no corresponde a los años veinte,
sí el escenario que representa parte de la plaza Consistorial
con el pequeño edificio del “matadero” al fondo
y el cierre de los paredones en la calle Mayor.*

X

Batiburrillo villavés

Comunicaciones

El Irati. Nuestra comunicación con Pamplona era el tranvía eléctrico “El Irati”. Partía de Huarte y llegaba a Pamplona con final en San Lorenzo (Taconera). Paradas en Villava, Burlada, cocheras (hoy ambulatorio general Solchaga), Diputación, Paseo de Sarasate y San Lorenzo. Precio del billete Villava-Pamplona, 25 céntimos. Se hacía muy cómodo el viaje por lo espacioso de los coches y por la abundancia de asientos.

Tren-correo. Salía de Sangüesa y se unía el vagón que partía de Aoiz. Dos servicios, mañana y tarde. Al de la tarde, a su parada en Villava, acudían villaveses y villavesas, curiosos, para ver a los viajeros y de paso como paseo y entretenimiento.

Tren mercancías. Lo mismo que el correo, partiendo de Sangüesa y Aoiz. Acarreaba mercancías, principalmente de la empresa Irati que tenía montes y factorías por Aoiz. También llevaba productos hortícolas de Sangüesa para el mercado de Santo Domingo y almacenes de productos alimenticios.

La Villavesa. Casi a finales de los 20 surgió la competencia al tranvía por parte de la sociedad “La Villavesa”, con domicilio social en la villa; comenzó con un autobús que iba y venía a Pamplona y de Pamplona. El primer cobrador de “La Villavesa” fue nuestro convecino Primitivo Lasunción. Era más rápido que el tranvía y tenía todas las paradas que hicieran falta, por lo que no había que ir a La Cadena para tomarlo, ya que salía de la Trinidad. El precio del billete fue, durante muchos años, 25 céntimos, igual que el tranvía. Pero “El Irati”, entonces, rebajó el precio de su billete a 10 céntimos con el consiguiente regocijo de los villaveses.

Comunicaciones postales

En Villava teníamos oficina de correos en la casa del señor Pabolaza, que era el cartero. Entonces, para cada carta que entregaba a domicilio, se le pagaba, no voluntariamente, sino porque estaba legislado, cinco céntimos. Como no serían muchas las cartas a entregar y el sueldo no muy allá, no se haría rico este buen hombre, a no ser que las industrias y comercio le compensaran su trabajo.

Monedas de curso legal

De cobre. De 1, de 2, de 5 y de 10 céntimos; las de céntimo ya no se usaban y las de 2 céntimos, llamadas ochavos, se daban como limosna a los mendigos, una y otra moneda,

seguramente, hoy tendrán buen valor numismático; las de 5 céntimos, llamadas perras chicas y cuatrenas, eran de curso muy corriente, las de 10 céntimos, llamadas también perras gordas y ochenas. Para darse idea del valor de estas dos monedas, téngase en cuenta de que con la cuatrena se pagaba un vaso de vino, llamado “medio” (vamos a echar un medio), seguramente porque el “lleno”, de ochena, era demasiado para ir de ronda por las tabernas, por lo que lo habrían reducido a “medio” y cuatrena, para poder “rondar” algo más sin “cocerse”. Los periódicos costaban 10 céntimos, pero a finales de la década anterior sólo 5 céntimos.

Monedas de plata. De 50 céntimos, de 1 peseta, de 2 pesetas y de 5 pesetas. Las de 50 céntimos se decían de dos reales; las de 1 peseta, blancas; las de 2 pesetas, pesetones; y las de 5 pesetas, duros.

Noviazgos

Cuando dos jóvenes simpatizaban procuraban verse con cualquier motivo; si llegaban a gustarse, disimulaban lo posible, se veían, se acercaban, se citaban, coincidían y, por fin, se revelaban como novios. La gente comentaba: ha salido una pareja nueva en el pueblo. Sí, ya van del bracete. Y ya, abiertamente, a la vista de todos, al cine, al Gayarre viejo que cerraba la plaza del Castillo por el sur, y a merendar chocolate con bollos al Café Suizo, si se podía económicamente, que ésa era otra cuestión. Luego venían los contac-

tos entre familias hasta que él entraba en casa de ella y ella en la de él, incluso a tomar café o a merendar. Cuando la cosa estaba “madura”, una buena comida en casa de la novia, con los padres de ambos, sellaba las relaciones entre novios y familiares:

*Cuando un pampero
piensa casarse
se va de paseo
para entrenarse.*

Esta bonita canción la interpretaba la bella comedianta en la plaza, mientras él y ella ceñían sus cinturas a furto de todos.

Antes del matrimonio y una vez que pasaban los novios por la Vicaría para la solicitud y documentación preceptiva, se procedía en misa mayor (once de la mañana) durante tres días festivos, sucesivos, a la proclamación de lo que se llamaba las AMONESTACIONES, leídas tras la homilía desde el púlpito. Esto se hacía para conocimiento de los fieles por si hubiera algún inconveniente para que la boda no pudiera celebrarse.

Antes de seguir adelante con el relato incluyo un suceso jocoso, de ficción, naturalmente, pero que lo cuento como si realmente hubiera ocurrido, como chispa de humor.

En un valle navarro, el párroco de la principal envió a su coadjutor, un cura recién ordenado, a un pueblo del valle para que celebrara la misa dominical. En un papel le escribió cuanto tenía que decir, más o menos, esto: “AVISOS PARA LA SEMANA ENTRANTE. Tercera amonestación

para Aquilino y Jenara que desean casarse. Si alguno supiera algún impedimento, etc., etc. El miércoles es el día de San Pedro y San Pablo, obligación de oír misa”. El curilla se guardó el papel en el bolsillo de la sotana y fue el domingo a celebrar la misa al pueblo vecino. Cuando llegó el momento de los avisos para la semana, metió la mano en el bolsillo y ¡oh tierra, trágame! Como se había puesto la sotana de los festivos, el papel se quedó en la otra. Se llenó de pavor, acudió a su memoria, y soltó: “San Pedro y San Pablo se van a casar. Si alguno sabe alguna picardía de Aquilino y Jenara, que ayune el miércoles”.

Entonces era costumbre, tras la misa mayor, que los hombres fueran a la casa del novio a dar la enhorabuena a éste, a sus padres y familiares; y lo mismo las mujeres a casa de la novia. En la del novio se agasajaba a los visitantes con aperitivos, generalmente queso, chorizo y frutos secos salados, todo ello con un buen vino o vermouth. En la de la novia con dulces y pastas, vinos generosos y refrescos. Era muy bonita esta costumbre de procesionar, con cariño hacia los novios.

Algunos, novia y novio, celebraban la “despedida de soltería” con merienda o cena, exclusivamente para los familiares, amigos y compañeros más íntimos. En la cena del novio, al final, aparecía la novia “a tomar café”; los comensales la recibían con una sonora ovación. Luego, en plena alegría, con el corazón alegre (et vini laetificat cor homini) brotaban las canciones y las jotas de la tierra, algunas alusivas al caso:

Dicen de casar, casar...

Virgen de Begoña, dame otro marido...

No hay que casarse, no hay que casarse, no señor...

Y subir y subir y subir por las paredes...

Y con música de la marcha nupcial:

Ya te has casáu, ya te has...

¡Viva la novia! ¡Vivan los novios! Qué bello espectáculo.

Matrimonio

Canción de Ignacio Baleztena para su boda:

*Después de pensarlo
despasio, despasio,
la Antonia e Inasio
casaron por fin.*

A las once en la Iglesia. Bueno, a las once y un poco más, que en estos casos, ya se sabe... Gran expectación de las vecinas. Llegada del cortejo. ¡Qué preciosa va la novia! No hay novia fea. Comenzaba la liturgia sacramental por la unión de los esposos. Después la misa de velaciones. Y final con la bendición de los esposos, que acaban de sacramentarse:

“Ámala como Cristo amó a su Iglesia” (Ef 5,25).

Entre matrimonio, homilía y misa han dado las doce. Justo cuando la chiquillería sale de la escuela. No hay tiempo para mear. Todos a la boda:

¡Eechen choochos de booda!
¡Vivan los novios! ¡Viva la novia!

Y críos por los suelos a coger chochos y peladillas. Algunos invitados, más generosos, echan monedas. Entonces el revuelo de los mocetes, zarpeando por los suelos, es indescriptible. Esto dura bastante rato. La novia se asoma a la ventana:

¡Viva la novia!
¡Eechen choochos de booda!

El banquete de novios, generalmente, en casa de la novia (Jesús de Nazaret, con su Madre, están entre los invitados, no faltaba más. A ellos les encanta la fiesta).

Por la tarde, en el tranvía, al Plazaola, y con éste, a San Sebastián, a consumir el amor divino-humano y creador...

“Hasta que la muerte os separe”, mejor, hasta que la Nueva Vida os despose, definitivamente, ante el Creador. Entretanto a poner en el pentagrama de la vida las armoniosas notas de los hijos que vengan...

Médico y Farmacia

No había seguridad social. Ambos servicios había que pagarlos. Las enfermedades y las heridas se trataban, normalmente, en casa a base de tratamientos con hierbas medicina-

les (la botica de la abuela), de las que se sabía un poco. Cuando en mi casa había alguna deficiencia en la salud nos mandaban a traer del campo lo que fuera efectivo para la dolencia. Cataplasmas de esto y de lo otro, cocimientos, bebedizos, vino cocido con coñac, leche bien caliente con miel... Al médico, en el caso de que todo este naturismo no surtiera efecto y el enfermo se agravara. Con la receta, al farmacéutico. ¡Éste sí que era boticario! Las recetas eran verdaderas fórmulas químicas. El boticario preparaba la medicina utilizando balanzas sensibles. Ello llevaba algún tiempo de preparación y había que volver a recogerla. En mi casa sólo se compraba un jarabe para los catarros. Don Celedonio nos preparaba una botella de tres cuartos por dos reales, lo recuerdo perfectamente; era algo así como llegar a la tienda y decir: “me ha dicho mi madre que me dé usted dos reales de jarabe para el catarro”. Y sabía muy rico, así, de cuando en cuando a toser fuerte para saborear el milagroso líquido de don Celedonio.

Quintos

Los mozos que entraban en caja tenían un día festivo para ellos. Éste se llamaba “el día de los quintos”. Contrataban gaitero y tamboril o acordeonista, uno o dos, y salían por la mañana cubriendo sus cabezas con gorros militares de diversas fuerzas del ejército. Músicas al aire bailando cual peonzas. El pueblo contemplaba el espectáculo con mucha simpatía. Eran tiempos de guerra de Marruecos por lo que era de temer por su suerte. Pero los quintos, ajenos a lo

que se les podía venir encima, ese día era para ellos un día grande y memorable. ¡Vivan los quintos de tal año! Por la tarde hacían baile en la plaza, acudían mozos y mozas en solidaridad con ellos. Y por la noche despachaban una succulenta cena, que yo sepa, en casa Sancho, con la música y las canciones, hasta enronquecer. Bien comidos, bien bebidos, bien cantados y encantados. ¡Vivan los quintos! Y a esperar...

Carnaval

No tengo noticia que merezca la pena de los carnavales en Villava en los años anteriores a 1922. El general don Miguel Primo de Rivera proclamó una Dictadura en septiembre de 1923 que duró hasta principios de 1930. Este dictador prohibió los carnavales. Pero en el 1923, que aún no estaban prohibidos, en mi barrio, unos cuantos, entre ellos mi hermano Jaime, se compraron caretas, se pintarrajearon y vestidos de espantapájaros, salieron a la calle e hicieron su mojiganga. Corrían a los críos a quienes asustaban, pero los más valientes les gritaban:

*Mascarita,
¿me conoces?,
tira coces
a los coches.*

Con esta cantarina sinsorgada de qué sé yo cuántos años atrás se pasaban la mañana y la tarde con el espacio para comer. Había que aprovechar el día. La gente, viendo a los mocetes y

mocetas correr y disfrutar, se lo pasaban bien, pues Villava era muy tradicional y gustaba de no perder estas costumbres.

Como no tenía careta, ni dinero para comprarla, me nombraron de intendencia, y llevaba la cesta de las provisiones que iban llegando de las casas y las tiendas, más que nada longanizas y huevos para hacer por la tarde la merienda en la casa de alguna de las mascaritas. Estos enmascarados, si mal no recuerdo, eran: Marce Olóriz, Teodoro Aldaz, Pablo Bretón y mi hermano Jaime, pero la comparsa la formábamos algunos más, chicos y chicas: Micaela y Pedro Olóriz, Pepita Azagra, Consuelo Tirapu y no sé si alguno/a más.

Por la tarde, cuando se hallaba en su apogeo la fiesta, yo recogí de la calle a mis hermanicos, que contemplaban el festejo, me metí con ellos en la entrada de nuestra casa, nos sentamos en el suelo y nos dispusimos a merendar por nuestra cuenta. Nos comimos toda la longaniza y daba gusto vernos con los morros bien relucientes; el pequeño tiró el chupete y decía: “a, a, a, a”, mientras se daba a la longaniza. Cuando dimos buena cuenta de ella, consideré que no debíamos comernos los huevos y las patatas porque estaban crudos. Después fue ella: me dieron más que a una estera, ¡la de “makos” que recibí! pero tripa llena aguanta bien, ya lo creo. Como había chafado la merienda, ellos se repartieron los huevos y las patatas y algún pedazo de tocino que quedaba en la cesta. A mi hermano le tocó en el reparto un huevo y dos patatas; con ello le hizo mi abuela una buena tortilla de la que no me dio ni a probar...

Después de la mascarada y lo ya relatado, Jaime y yo, que éramos monaguillos de las monjas, fuimos al triduo de Carnaval en reparación de las ofensas que se le hacían al Señor en

estos días. Yo, la verdad, no veía nada malo en la celebración del Carnaval, como no fuera lo de habernos comido la longaniza, y aún eso no me pareció tan malo. ¡Qué sabía yo, entonces, ni de Carnaval de Río ni de otros carnavales!

Día de todos los santos

Este día era muy tradicional en Villava lo de las castañas y las nueces.

A eso de las tres de la tarde, casi toda la chiquillería nos juntábamos cerca de la Trinidad, cada cual provisto de su zacuto (bolsa de tela que se cerraba con un cordón corredi-zo) y comenzaba el correcales con el sonsonete a pleno pulmón, repetido intermitentemente:

*Echen castañas
y nueces.*

Las buenas gentes que saboreaban las tradiciones del pueblo, ya esperaban a la mocetada y salían a los balcones y ventanas arrojando “a rebuche” las preciadas castañas y nueces. Todos los mocetes y mocetas por los suelos y haciendo acopio de lo recogido en sus zacutos. Y seguía la turba:

*Echen castañas
y nueces.*

Así hasta La Cadena. Generalmente las castañas y las nueces procedían de las casas de los labradores que eran los más tradicionalistas.



“El Irati” en el cruce de La Cadena.

Normas sancionadoras

Quisiera romper una lanza a favor de los chicos de Villava de aquellos años 20, entre los que me incluyo.

Sé que éramos inquietos y un tanto rebeldes, pero no malos en el sentido negativo de la palabra, porque, en general, creo que no existió malicia en nuestros actos.

Estimo que la culpa de nuestra resistencia la tenían los mayores, que no nos toleraban en ningún lugar de la calle; para ellos, siempre estorbábamos. Éramos muchos, casi todos de familia numerosa. En casa no había comodidades y a nuestros progenitores y a la abuela les poníamos dolores de cabeza, así que a la calle. En ésta nos encontrábamos como pez en el agua, y teníamos nuestro grupo y nuestras normas a las que no se podía faltar so pena de ser sancionados por mayoría asamblearia que juzgaba cada caso. Y se aplicaban sanciones según la insolidaridad cometida o la falta de ética con el grupo. Estas sanciones, de menor o mayor, según la parvedad o la gravedad del caso, venían a ser las siguientes:

Jarabe de palo. Se colocaban los de la cuadrilla en dos filas y se hacía pasar al sancionado por en medio de ellas y mientras pasaba corriendo, se le vapuleaba a cintarazos.

Sapico trabaja. Se colocaba al reo a cuatro patas sobre la tierra. Luego los dos más forzudos del grupo se colocaban sobre sus riñones con piernas y brazos entrelazados a manera de los esportizos de las caballerías. En esta posición, a la voz de ¡ya! el apresado trataba de zafarse de los esportizos y éstos presionaban para que no se deslizara. Terminaba el

castigo cuando el sancionado se libraba o, cuando agotadas sus fuerzas, decía: ¡me doy! Y se le dejaba en paz y libre de culpa.

Sacristía. Se tumbaba de cúbito supino al castigado, se le abría la bragueta y todos escupían dentro.

Palico marrón. Se le tumbaba como en el caso anterior, se le sujetaba y, quieras que no, se le metía en la boca un puñado de barro de lombriz, se le soltaba y a escupir durante un buen rato.

Se imponían otros castigos, tal como el repugnante “palico dorado” para casos extremos, mas no es cosa de enumerarlos todos.

Lo peor que le podía ocurrir a un chico es que le marginaran de la cuadrilla y se le condenara a la soledad; por este temor se aceptaban sin rechistar imposiciones concertadas y... todos amigos. De no ser así, el mundo mocetil habría sido un desastre, y no lo era. Funcionaba aceptablemente porque en cada grupo había siempre alguno con cierta solvencia, por ser mayor o por tener cierto carisma.

Y colorín, colorado... se acabó.

Laus Deo.

FIN

Don Antonio Riquelme Martínez, además de capellán del Hospital de la S. S. de San Juan (Alicante) y un delicado poeta, me distingue con su amistad y, sabedor del proyecto de mi libro, contribuye al mismo con el soneto tan elocuentemente espiritual que va a continuación:

Crece por dentro

*Día a día, de aquí nos desterramos,
Y sola queda nuestra soledad.*

*Se van amigos, mengua la amistad,
Y en los recuerdos nos acompañamos.*

*Proyectos e ilusiones que tiramos
Al camino, pues crece, con la edad,
El sentimiento hiriente de orfandad,
De aquellos que se fueron y dejamos.*

*Y en nosotros, la vida nos encierra,
Y en nosotros, el mundo queda mudo,
Y el miedo y la sorpresa nos aterra.*

*Y, aunque llegue este invierno frío y crudo,
No morimos, crecemos por dentro,
Si te encuentras y vives en tu centro.*

Epílogo

Engendrado en Corella, nací en el año 1914. Los cinco primeros años de mi vida, trashumante. Mis padres, y yo con ellos, tuvieron que dejar su querida Corella, como el ganado que se moviliza en busca de pastos, de la Montaña a la Ribera; así mis padres, como tantísimos corellanos, tuvieron que dejar sus raíces, sencillamente para poder comer.

Porque aquello de “Corella la bella, rica de pan y pobre de leña”, más bien podría decirse, como decía mi madre: “Corella pobre de ambas cosas”.

Nos trasladamos a Álava, volvimos a Corella, de ésta a Abárzuza y de este buen pueblo, a Villava.

Recuerdo perfectamente nuestra última parte del periplo. Viajamos en una galera conducida por “El Chulín”, de Lerín.

En Villava hice mi primera comunión; recibí el sacramento de la confirmación en la Fe; conocí a una guapa moza de la que me enamoré de por vida. Nos casamos en la parroquia de San Andrés Apóstol. En Villava nos nacieron cinco de nuestros ocho hijos. En Villava celebramos nuestras bodas de plata, nuestras bodas de oro y, recientemente, las bodas de diamante.

En Villava vivimos, nos movemos y existimos. ¡Somos villaveses!

Todo cuanto relato es fruto del archivo de mi cerebro, “a golpe de memoria”, en frase feliz de Jaime Peñafiel. No he

consultado ningún otro archivo que, por mi edad, no podría con el trabajo de husmear en viejos legajos. Posiblemente me habré quedado más corto que largo, aunque no faltarán errores no deseados.

Ojalá que este trabajo no resulte pesado a mis lectores, antes al contrario, les sea leve y entretenido.

Esta publicación se debe, principalmente, a la concejala y Servicio de Cultura de nuestro Ayuntamiento. Gracias a ellos se pueden conocer aspectos pretéritos de nuestra villa.

Gracias también a Luis María Echeverría Viscarret que me animó y me “empujó” a emprender esta tarea, que ha completado con la espléndida documentación gráfica que ilustra este libro. Él, tan amante de Villava, de sus costumbres y tradiciones tiene demostrado con su buen hacer, su entusiasmo por esta villa de sus amores.

Y, por supuesto, gracias, muchas gracias a cuantos ten-gáis la paciencia de leer éstos mis recuerdos de Villava en los años veinte.

Villava, 7 de Octubre de 2003.

*Festividad de nuestra patrona,
la Virgen del Rosario.*

ANTONIO IZAL MONTERO

Villava en los años veinte

El autor de este libro, Antonio Izal Montero, es un hombre que ha vivido años y experiencias como para contar en el lenguaje coloquial de las gentes de Villava, sus recuerdos de aquellos

años veinte. Ha colaborado activamente en cuantas manifestaciones culturales, políticas y religiosas se han ido sucediendo a lo largo de sus años en Villava.

Como él dice en el epílogo: en Villava vive, se mueve y existe. Es

comandante de Infantería y fue miembro del Consejo Foral de Navarra.

Gran aficionado a la lectura y escritura, ha expresado a lo largo de su vida su manera personal de pensar y sentir, en diferentes periódicos. Desde el privilegio de su memoria y con el apoyo de su archivo particular, nos ofrece la lectura de una época en que la reducida población de la villa vivía sencillamente, se las ingeniaba para sacar partido a sus recursos y, en definitiva, ser felices.



Atarrabia hogeiko hamarkadan

Liburu honen egile Antonio Izal Monterok urte eta esperientzia asko bizi izan ditu, eta orain, hogeiko hamarkadako urte haietako oroitzapenak Atarrabiako herritarren hizkeran kontatzen dizkigu.

Atarrabian bizi izan dituen urteetan izandako kultura, erlijio eta politika arloetako adierazpen orotan lagundu izan du. Epilogoan berak esan duen moduan: Atarrabian bizi, mugitu eta existitzen da. Infanteriako komandantea da eta

Nafarroako Foru-kontseiluko kide izan zen.

Irakurtzeko eta idazteko zaletasun handia duen gizon honek, bere pentsamoldea eta sentitzeko modua adierazi ditu egunkari ezberdinetan bizitza osoan zehar.

Oroimenak ematen dion abantailarekin eta bere artxibategi propioaren laguntzarekin, artean herri txikia zen Atarrabian era xumean bizi eta zituzten baliabideei etekin handiena ateratzen saiatzen ziren eta, azken finean, zoriotsuak izateko bizi ziren herritar haiei garaiko irakurketa eskaintzen digu.



AYUNTAMIENTO DE VILLAVA
ATARRABIako UDALA

SERVICIO DE CULTURA
KULTURA ZERBITZUA